

"STARMAN", EL HOMBRE DE LAS ESTRELLAS

CLARK CARRADOS

STARMAN

(El hombre de las estrellas)

Colección ESPACIO

STARMAN
(EL HOMBRE DE LAS ESTRELLAS)

por

Clark Carrados

o-O-o

EDICIONES TORAY, S. A
Teodoro Llorente, 13
BARCELONA

FIDEL INTERNATIONAL
Representantes exclusivos
en los Estados Unidos de Norteamérica
Excepto Nueva York (Ciudad) N. Y.
BOX 260
MALIBU, CALIFORNIA - U. S. A.

Depósito legal B. 95 - 1959

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por Ediciones Toray. S. A. T. Llorente, 13 – Barcelona



CAPÍTULO PRIMERO



L hombre era alto y fuerte y vestía un traje muy ceñido de color azul obscuro, sin ningún detalle, a excepción de un sólido cinturón de metal plastificado del que pendía una pesada pistola destructora. Sus cabellos, oscuros, eran cortos y su rostro, en el cual destacaban unos ojos de frío centelleo y una sólida mandíbula, tenía indudablemente cierto atractivo varonil, que hacía volver la cabeza a muchas mujeres cuando iba por algún lugar transitado.

Todo el aspecto del hombre denotaba firmeza y energía, pero en aquellos momentos su aspecto era débil y vacilante. Hacía esfuerzos para contener el temblor de sus manos y la transpiración de su frente, pero sin conseguirlo del todo.

Frente a él tenía un asiento de rígido respaldo, con un solo brazo, el derecho, del cual partía un soporte metálico, hecho de una varilla hueca, que aguantaba, a la altura del hombro, una especie de rifle, largo de dos metros, cuya construcción no podía ser más curiosa y extraña.

El rifle, por la parte posterior, apenas si se diferenciaba de los demás en uso. Culata, gatillo y guarda no tenían nada de particular. Pero el cañón, en cambio, a medio metro de la boca, se ensanchaba hasta adquirir un diámetro de cinco centímetros. Y sobre el cañón había una mira telescópica graduable, larga de metro y medio al menos, casi tanto como el rifle, y cuyo diámetro alcanzaba los quince centímetros. Parecía un arma de una potencia terrorífica, y en efecto lo era, porque podía disparar a través del espacio, alcanzando distancias inconmensurables.

El hombre estaba en pie, al lado del sillón, que se hallaba junto a un amplio ventanal abierto a las estrellas de aquella tibia noche, irresoluto y vacilante. Y en el lado opuesto de la amplia y sencilla estancia, de forma circular, había una mujer.

La mujer estaba cómoda y lánguidamente reclinada en un diván, observando con una expresión sumamente irónica las dudas del hombre. Ella era muy hermosa, con una hermosura fuera de toda ponderación, declarada principalmente en sus glaucas pupilas y el dorado color de sus largos cabellos, brillantes como el oro acuñado. Vestía una corta túnica, sin mangas, que dejaba al descubierto la perfecta redondez de sus brazos, de un tono suavemente bronceado, que sugería la idea de que aquella delicada epidermis hubiera podido ser metalizada por algún desconocido procedimiento.

La mujer se echó a reír. Era una risa suave, gutural, apenas audible, pero conteniendo un terrible sarcasmo en cada uno de sus trémolos. Se reía de las vacilaciones del hombre.

—Dudas, Starman.

El hombre se volvió, abriendo y cerrando las manos, conteniendo el deseo de secarse el sudor de las palmas en el esponjoso tejido de su traje.

—No, Telva, no dudo.

—Entonces, siéntate y dispara, Starman.

—Dispararé... cuando a mí me parezca, Telva. No antes.

—Corres el riesgo de que el Atamán acabe antes de lo previsto.

Starman sacudió la cabeza.

—No. Conozco perfectamente el modo de desarrollarse la ceremonia que ahora se está celebrando, Telva. Al menos le quedan quince minutos todavía de discurso.

—Hace dos años —observó ella pensativamente—, concluyó media hora antes.

Starman fue hacia un lado de la estancia, en el que se veía un receptor, y dio media vuelta a uno de los diales.

Inmediatamente, un claro chorro de voz penetró en la estancia. La voz del hombre hablaba de paz, tranquilidad y adelantos, y daba la sensación de ser escuchada en medio de un religioso silencio.

Después de unos minutos de atención, Starman cerró de nuevo el receptor. Miró hacia la mujer.

—Ya has oído, Telva. Está casi a mitad de su discurso.

—Es hora ya de que se lo interrumpas, Starman. Te he pagado para eso, no para que pienses.

Una chispa de cólera apareció en los ojos del hombre.

—¿Por qué no vienes y lo haces tú? Es sencillo, Telva; no hay más que sentarse aquí, graduar el telescopio, con lo cual se gradúa también el alcance subespacial del rifle de modo automático, y luego...

—Ya —sonrió ella fríamente—: se aprieta el gatillo. Pero ese es un trabajo que dejo a los esbirros de alquiler como tú, Starman. ¡Starman! —repitió ensoñadoramente—. «Hombre de las Estrellas». ¿Por qué te pusieron ese nombre?

El interpelado se encogió de, hombros.

—Fui yo. Lo adopté cuando... cuando...

—Cuando adoptaste la profesión de asesino sideral, ¿verdad? —tornó a sonreír la mujer, cuya exquisita belleza hacía pensar en cualquier cosa, menos que en aquella estancia se estuviera planeando un crimen de magnitudes estelares.

—¿A cuántos has matado, Starman? —preguntó Telva de repente, tras una corta pausa.

—Esto no atañe a la cuestión presente —contestó él, desabridamente.

—La gente te teme y se aparta de tu lado cuando pasas por la calle, Starman. Llevas el uniforme de los esbirros voluntarios, que es completamente distinto de aquellos que lo son por obligación. A ti nadie te ha obligado y, sin embargo, lo eres. ¿Por qué?

Silencio. La cabeza de Starman se volvió hacia las lejanísimas estrellas que parpadeaban en la tibia noche.

—¿Por dinero, Starman? Económicamente hablando, es una magnífica profesión. Un esbirro como tú gana grandes sumas de dinero y puede permitirse lujos que están vedados al común de los demás mortales.

—También, generalmente, se les está vedada la longevidad. Los hombres como yo mueren rápidamente, muy jóvenes.

—Inconvenientes de la profesión, Starman. Pero eso no me importa a mí. Contraté a los dos, a ti y a tu rifle subespacial, para que despacharais a un nombre: al atamán Mowry.

—El Imperio se tambaleará cuando el Atamán haya muerto, Telva.

—Por eso te pago. ¡Dispara, Starman!

La lengua de Starman asomó un instante por entre sus labios, humedeciéndolos. Luego, con gesto brusco, se sentó en el sillón.

Permaneció unos instantes rígido, mirando frente a sí. De pronto, se volvió.

—¿Qué beneficios esperas obtener de la muerte de Mowry, Telva?

—Pago por ser obedecida, Starman. No quiero contestar a preguntas que me disgustan.

—Algo estás tramando...

—¡Qué listo eres, Starman! —rió ella con suavidad—. El más tonto lo

sabría de inmediato. Pero no te importa lo que pienso hacer. ¡Dispara ya!

—Podría negarme a ello.

—No. Un esbirro nunca se vuelve atrás de su palabra. De lo contrario, tendría que dejar la profesión y... ¿verdad que es muy desagradable ser un simple trabajador en los campos de alimentación?

Starman se estremeció. Ella remachó el clavo.

—Una vida de esclavitud, embrutecedora, trabajando de sol a sol. Hay quién no hace otra cosa que, con una afiladísima cuchilla de dos metros de longitud, cortar rebanadas y más rebanadas, de la carne producida sintéticamente y que crece, crece sin cesar. Si no se cortase el excedente para la alimentación humana, los bloques de carne sintética, crecerían y crecerían hasta anegar el planeta bajo su repugnante masa.

»También hay quien trabaja en los tanques hidropónicos. Vigilancia continua de las plantas. Riego, abono, agua, química... todos los días, todos los días, todos los días...

—¡Calla! —gritó él, exasperado.

Su grito provocó una nueva sonrisa. Telva se acomodó en el diván, moviéndose con la gracia de un felino, y dijo:

—*¡Dispara, Starman!*

Un hilo de sudor corrió a lo largo de su mejilla. Pero el joven no se molestó en cortar su camino. Lo sintió introducirse bajo el cuello de su blusa, en tanto que su mano derecha movía con infinito cuidado las ruedecillas que graduaban el alcance del rifle subespacial.

Aplicó la vista al ocular de la mira telescópica. Contuvo el aliento, en tanto su índice se curvaba lentamente sobre el gatillo.

—*¡Dispara, Starman!*

El joven trató de ignorar la insidiosa voz de Telva. Su pupila captó ahora la imagen de un hombre, vestido con una rutilante túnica de oro plastificado.

El hombre estaba en pie, en una especie de tribuna, solo, a cinco metros sobre el nivel del mar de cabezas que le rodeaban, todas ellas escuchándole con religiosa atención. Al pie de la tribuna estaba su guardia, duros y feroces soldados, armados con pistolas destructoras todos ellos, impasibles, capaces de destrozar a la multitud sin piedad, a un solo gesto de su jefe, el atamán Mowry, supremo cargo en el IX Imperio Galáctico.

Starman movió más las ruedecillas. La imagen de Mowry se aproximó aún más, hasta que sólo quedó el busto en el círculo graduado del telescopio subespacial. Starman observó pensativamente el rostro de Mowry y un pensamiento acongojante invadió su espíritu.

No era la primera vez que veía el rostro de Mowry. Billones de movifotos lo reproducían por todas partes, hasta el más lejano rincón de la galaxia. Las monedas lo reproducían igualmente y las estampillas de correos también. No había sello que validase un documento oficial que no llevase estampada la imagen del Atamán Mowry, dueño y señor de la IX Galaxia y el hombre más odiado y detestado de la misma.

Pero Starman encontraba algo conocido en el rostro de Mowry. Casi desde que lo viera por primera vez, en uno de las numerosas reproducciones de todo género que circulaban por la Galaxia, cuando apenas si tenía uso de razón. Desde veinte años atrás. ¿A quién le recordaban las facciones de Mowry?

—*¡Dispara, Starman!*

La voz de Telva cortó en seco sus cogitaciones. Su dedo índice oprimió un poco más el gatillo. Corrigió con la mano izquierda levemente la puntería, haciendo que el centro de la retícula cayera exactamente sobre el pecho de Mowry, el cual se encontraba a mil ochocientos millones de kilómetros de distancia, en el planeta capital del Imperio.

—*¡Dispara, Starman!*

Y Starman disparó.

A través de mil ochocientos millones de kilómetros, el proyectil viajó con una velocidad infinitamente superior a la de la luz, recorriendo un espacio distorsionado, completamente distinto al normal, en el cual no existía el tiempo. El Atamán se llevó una mano al pecho y vaciló. Luego, cerrando los ojos, con un suspiro que Starman no pudo oír, se dobló lentamente sobre sí mismo.

Un silencioso clamor pudo ser percibido por Starman. Vio a los guardias, desconcertados, arremolinarse unos instantes, buscando con la vista, en tanto sacaban sus armas a relucir, al autor del disparo. La multitud se encrespó, formando grandes oleadas de flujo y reflujo, en el cual se abrían y cerraban miles de irritadas bocas. Pero si algo había sólido en la Galaxia era la disciplina de la Guardia Imperial, y el desorden retrocedió.

Starman cortó la transmisión subespacial y se puso en pie. El sudor le corría a chorros por todo el cuerpo.

Vio a Telva, en aquellos momentos, separar su vista de un telescopio muy parecido al suyo, también de visión subespacial. Y ahora, la mujer reía, reía inconteniblemente, en tanto que sus esbeltos hombros sacudían los largos bucles de oro que caían hasta ellos. Starman pudo oír claramente el metálico tintineo de sus pesados pendientes.

Avanzó un paso, con los puños crispados.

—¡Bravo, Starman! —dijo ella, casi con un grito—. ¡Te has ganado tu soldada! ¡Tómala!

Telva cogió una pesada bolsa de plastimetal y se la arrojó al esbirro a través de la estancia.

Pero Starman no hizo el menor ademán para recoger el precio de su crimen. La bolsa, repleta de monedas, todas ellas de altísimo valor, cayó al suelo y resbaló por el pulido pavimento hasta quedar casi a los pies del joven.

Ella continuaba riendo.

—¿Qué, no te decides? Starman, puedes decir que, a partir de ahora, eres el hombre más célebre de la Galaxia. Tu nombre pasará a la posteridad como el del hombre que mató al atamán Mowry... *¡a su propio padre!*

—¿Qué? —rugió Starman. Una barra de fuego le atravesó el cerebro.

Sin dejar de reír, Telva retrocedió hasta el muro.

—Sí, Starman. Mowry era tu padre. ¿No lo sabías?

Una oleada de hirvientes espumas le subió por el pecho hasta la garganta. Ahora comprendía por qué el rostro de Mowry le había parecido siempre algo conocido, algo familiar... ¡pero nunca había caído en que era el original de las facciones que él contemplaba a diario en su espejo!

Y Telva continuaba riendo, riendo sin cesar.

Un rojo velo cubrió sus pupilas. Desenfundó la destructora.

En aquellos momentos no pensó en que Telva sabía muchas cosas que, hasta entonces, siempre le habían parecido obscuras, su propio nacimiento, por ejemplo. Sólo quería vengarse, destruyéndola, de la mujer que le había arrastrado, valiéndose de su innoble profesión, al peor de los crímenes.

—¡Maldita! —aulló, al mismo tiempo que oprimía el gatillo.

En su ceguera, Starman se había olvidado de conectar el dispositivo silenciador. La estancia se estremeció con violencia ante los furiosos estampidos de la destructora.

Fragmentos de vidrio volaron por los aires, confundiéndose sus musicales crujidos con los trallazos de la pistola. ¿Por qué saltaban aquellos cristales?

Y Telva continuaba riendo.

El pensamiento de que había un muro de vidrio, repentinamente alzado entre los dos, por una inesperada manipulación de la mujer, sólo penetró en su torturado cerebro cuando se agotaron los cartuchos de la destructora.

Entonces, loco de ira, se arrojó sobre el sillón.

El muro de vidrio detenía los proyectiles comunes, pero se necesitaba algo más para interceptar el paso de una bala subespacial. No, no se escaparía viva.

Cogió el pesado sillón en vilo, volviendo la boca del arma hacia Telva,

Pero, repentinamente, el cuerpo de la mujer comenzó a esfumarse.

Se hizo transparente, dejando ver a su través los utensilios y objetos de la estancia, mientras los ecos de su risa seguían conmoviendo la atmósfera. Telva se transparentó más y más, pareciendo al mismo tiempo disminuir de tamaño y luego, de pronto, desapareció totalmente.

Starman quedó en el centro de la habitación, en tanto que el sillón con el rifle se le deslizaba lentamente de las manos al suelo. Un agudo dolor le oprimió el pecho.

¡Había matado a su padre! Y todo ello por un montón de monedas, que todavía yacían en el suelo. Sin poder contenerse, pegó un furioso puntapié a la bolsa, haciéndola resbalar unos cuantos metros por el brillante pavimento.

Pero aún había más. Él había matado a su padre. Sin embargo, este horrendo crimen, en circunstancias ordinarias, no hubiera tenido la menor repercusión. Hubiera sido juzgado por un Tribunal normal. Mas el muerto era el Atamán Mowry, el dueño y señor de la Galaxia, y la situación variaba enormemente.

Todas las fuerzas de vigilancia se desplegarían ahora en busca del asesino. Y la muerte sería algo que él acogería con aullidos de alegría para librarse de

las torturas.

Porque había una cosa que ningún habitante de la Galaxia mencionaba: y esa cosa era el trato que los guardias imperiales infligían a los reos de delitos contra la seguridad del Imperio.

Reaccionando, Starman empezó a moverse. Ahora tenía dos objetivos frente a sí. El primero, huir, ponerse en seguridad, pues no tardaría mucho en saberse quién había sido el matador del Atamán. Y el segundo, buscar a Telva y hacerle pagar la muerte de su padre. Después... Bien, podrían hacer con él lo que quisieran. Poco podría importarle ya lo que le ocurriera.

Con rápidos y precisos gestos, desmontó el rifle. El arma estaba tan ingeniosamente construida, que, en piezas, ocupaba un espacio increíblemente pequeño. Una vez desarmado, colocó cada fragmento en su sitio, en una especie de maleta de no más de cincuenta centímetros de longitud, por cuarenta de altura y veinte de anchura. En la base de la maleta se hallaba el generador de energía, que permitía crear el campo subespacial a través del cual se movían los proyectiles y circulaban los rayos visuales. Lo desconectó asimismo, después de lo cual cerró la caja con seco golpe.

A continuación, repasó la pistola. El cinturón de que colgaba tenía varios cargadores de repuesto y, arrojando el vacío, colocó uno nuevo en el depósito. Enfundó nuevamente el arma y, resuelto, dio un paso hacia la puerta.

Pero entonces, su vista reparó en algo: la bolsa del dinero.

Se estremeció. Aquel era el precio de la sangre de su padre.

Por un momento, su mente evocó el instante en que el Atamán, herido de muerte, se doblaba sobre el antepecho de la tribuna. Había disparado contra un hombre que había sido su padre y al cual no había conocido nunca. ¿Dónde estaba la voz de la sangre, la llamada de la herencia, que no la había sabido escuchar?

No era lógico que un esbirro profesional abandonara el precio de su trabajo, por lo que, aun repugnándole, tomó la bolsa con el dinero. Además, éste le serviría de mucho. Acaso precisaría comprar alguna conciencia, acaso la de alguno de los guardias imperiales. Se decía que éstos eran absolutamente incorruptibles, pero... nadie podía afirmar que no hubiera probado nada en sentido contrario.

A punto de salir de la estancia se volvió, recorriendo con la vista el panorama. Sí, acaso quedasen huellas de su permanencia en aquel lugar, pero un esbirro era un hombre generalmente astuto y hábil. Tenía muchas posibilidades de salir adelante y conseguir sus propósitos, si utilizaba tres cosas: una sólida, el dinero; y dos invisibles: la prudencia y su inteligencia. Una formidable combinación, si acertaba a mezclar las dosis exactas.

Saliendo de la estancia, Starman se enfrentó con su futuro, un futuro sombrío e incierto.

CAPÍTULO II



ESDE el umbral, Starman contempló durante unos segundos el panorama del local.

El ruido era enorme. Gritos y canciones, proferidos unos y otros a voz en cuello atronaban el ambiente, cuya atmósfera estaba opacada a medias por el humo de los cigarrillos, un vicio que se había ido propagando a través de los siglos y a través de los sistemas planetarios, sin que ningún gobernante, por duro que fuera, hubiera podido concluir con él.

«La Taberna Estelar» ocupaba un ámbito enorme. Alta de techo, con numerosos palcos situados a nivel del primer piso, todas sus mesas se hallaban repletas de gentío, que consumía sin cesar el rojo vino de Shinán, en tanto que las conversaciones, los gritos y las alegres canciones formaban un tumulto de dantescas proporciones.

Starman no había querido cambiarse de ropa. Se alojaba en el «Hotel de las Cuatro Galaxias», y salir a la calle sin el indumento de su profesión hubiera despertado unas sospechas de las cuales, de momento, estaba libre. El Atamán Mowry había muerto por la bala disparada por un asesino, seguramente a sueldo, tales eran los murmullos que corrían por Shinania, la capital del planeta, pero nadie, hasta aquel instante, podía demostrar que hubiese sido suya la mano que disparó aquel proyectil.

Una pareja, hombre y mujer, penetraron en el local, empujándole a un lado. Deslumbrados por la vivísima iluminación, no se dieron cuenta de su presencia hasta contactar con él. Entonces, sus risas desaparecieron y sus rostros blanquearon rápidamente. Huyeron, sin volver atrás la cabeza.

Starman sonrió con amargura, pero sin odio. Llevaba aquel uniforme por gusto, de modo que no podía quejarse del desvío de la gente. Con renuente paso empezó a descender la escalera que accedía al nivel del suelo, casi al mismo tiempo que un disgustado «maître» se le acercaba.

—Lo siento, señor, pero todas las mesas están ocu...

Starman no le hizo el menor caso. Hundió la mano en el bolsillo y la hizo aparecer de nuevo con un par de monedas de mil coronas cada una.

Los ojos del «maître» se desorbitaron. Su garra se cerró ávidamente sobre las monedas y, bajando la cabeza, dijo:

—Sígueme, señor. Creo que podré encontrarte una mesa.

Starman caminó tras el «maître». Sorteó varias mesas, sintiendo cómo a su paso las conversaciones y los cánticos se atenuaban, recrudeciéndose después. Pero no hizo caso; aquello, prácticamente, era el pan de cada día.

El «maître» se detuvo al fin ante una mesa ocupada por dos hombres de aspecto innocuo. Les habló algo al oído y los hombres, asintiendo a disgusto, se levantaron, arrojando una venenosa mirada a Starman. Éste les ignoró deliberadamente y se sentó, sin mirar a su espalda, seguro de que ya le colocaban una silla.

—Una botella de vino de Shinán —pidió secamente, y un par de minutos más tarde un diligente camarero llegaba con lo pedido.

La mesa estaba situada hacia el centro del local, pero en uno de sus costados, de modo que Starman tenía la espalda casi junta con la pared. Esto, para un hombre de su profesión, era beneficioso. Así solamente tenía que vigilar el frente y los costados.

Bebió el vino, de refrescante sabor, sintiendo una suave dulzura en la garganta. Pero no tomó más que un par de sorbos; un esbirro debía mantener siempre el pulso firme, y el alcohol solía debilitarlo en el momento menos oportuno.

Poco a poco, la algarabía fue creciendo de nuevo hasta que su presencia allí fue ignorada, excepto por las furtivas miradas de aprensión que le arrojaban sus más inmediatos vecinos. Había dos parejas de enamorados en sendas mesas, y una tercera estaba ocupada por un pequeño grupito de altos oficiales de la Marina del Espacio.

Más allá, se veía otro grupo de bebedores, reunidos en torno a dos mesas que se habían juntado. Cantaban y vociferaban, enormemente satisfechos, al parecer, de la muerte del Atamán.

Aparentemente, a los ojos de todo el mundo, Starman era un esbirro que estaba disfrutando de su dinero. Pero él estaba allí con un objetivo: hacer indagaciones para hallar él paradero de Telva, porque allí había sido donde la había conocido y allí había sido donde se había planeado el crimen y ajustado su precio.

Al cabo de unos minutos, dejó el cigarrillo sobre el cenicero, y llamó al primer camarero que pasó ante él. El hombre se inclinó con una deferencia no exenta de hostilidad, que Starman curó con una moneda de cien coronas.

Además, le enseñó otra cosa: un rectángulo de unos diez centímetros de lado, en el cual se veía un adorable rostro de mujer. Starman oprimió un botón situado en el ángulo inferior derecho y, al momento, el rostro de la mujer se iluminó con una esplendente sonrisa. Se movió durante unos segundos, como si en lugar de una imagen fija fuera una proyectada en una pantalla, y luego se inmovilizó.

—¿Conoces a esta mujer? —preguntó.

El camarero levantó la vista.

—No, señor —contestó secamente.

—Pues yo te conozco a ti... de vista cuando menos. He estado alguna vez

aquí, antes de ahora, y te he visto servir entre las mesas.

—Lo siento, señor; no la conozco.

—Ella estuvo aquí conmigo aún no hace una semana. En una mesa no lejos de ésta. Trata de recordar.

Los labios del camarero estaban prietos.

—No, he dicho que no.

Starman suspiró.

—Está bien. Llévate la movifoto y pregunta a tus compañeros. Aquí tienes cien coronas más por la molestia. Te aguardo.

—Como gustes, señor.

Starman concluyó el cigarrillo y aún empezó otro, antes de que el camarero regresara. Por la expresión de su rostro, coligió que sus esfuerzos no habían dado el resultado apetecido.

—Debo devolverte tus monedas, señor —dijo el camarero; pero Starman agitó la mano negligentemente, y el hombre, tras inclinarse, se retiró.

Con los codos apoyados en la mesa, Starman entrecerró los ojos, tratando de pensar. Telva le había hallado en aquel lugar y había contratado sus servicios por una suma fabulosa: cien mil coronas. Cien monedas de mil coronas, que le habían sido entregadas una tras otra, sin el más mínimo regateo, una vez que la muerte del Atamán había sido consumada.

Pero los pensamientos que atenaceaban el cerebro de Starman eran muy diferentes; no se relacionaban con las facilidades monetarias de que disponía Telva. Eran dos, principalmente: ¿por qué había querido matar al Atamán?, y segundo, ¿por qué lo había buscado a él, a su propio hijo? Incluso el hecho de que Telva conociera su origen quedaba un poco obscurecido ante la insistencia de aquellos dos pensamientos.

Éstos fueron cortados súbitamente por la captación de la imagen de una mujer en su campo visual. La mujer estaba de pie en la entrada de la taberna y vacilaba, como si buscase a alguien con la vista.

También el «maître» salió a recibirla y Starman pudo ver la decepcionada expresión que se pintó en el rostro de la joven, pues lo era, al ver que no había ninguna mesa libre. Sin embargo, debió convencerlo, porque, unos segundos más tarde, los dos avanzaban por el centro del local.

Fue sólo un presentimiento, pero Starman supo que aquella mujer acabaría su camino frente a él. Y así fue.

El «maître» dijo:

—Señor, si no te molesta, la señora Anténope desearía sentarse en esta mesa. Todas están ocupadas, y...

Mientras el «maître» hablaba, Starman se puso lentamente en pie, admirando la singular hermosura de Anténope, cuyos negros cabellos poseían el tono exacto del cielo visto desde la portilla de una nave espacial. El tono de su tez era justamente el opuesto y, entre los dos, el de sus labios ponía un trallazo de sangriento color. Vestía un largo traje, amoldado a la fina esbeltez de su elevada estatura y sobre los hombros, sujeta por delante por una cinta de

oro plastificado, le caía una larga capa de piel de zorro azul terrestre, el animal más caro de la Galaxia.

Salvo las mejillas, ligeramente prominentes, que daban un cierto tinte de exotismo a su rostro, podía decirse que Anténope era la perfección de la hermosura. Interiormente, Starman hizo comparaciones y decidió que era muy difícil discriminar entre Telva y Anténope.

—Me sentiré muy honrado con tu presencia, señora —dijo al cabo—, únicamente que... ¿reparaste en mi uniforme?

Ella sonrió con vaguedad.

—No se juzga a los hombres por sus ropas, sino por sus acciones, Starman.

—Además, me conoces, señora.

—Llámame por mi nombre, Starman. Sí, me lo dijo el «maître» cuando me traía hacia acá. ¿Wolki?

El «maître» se inclinó servilmente.

—¿Señora?

—Champaña. Terrestre y muy frío.

—Al momento, señora —dijo Wolki, retirándose presuroso. Ella sonrió.

—El vino de Shinán es bueno, pero el champaña terrestre es mucho mejor. ¿Tomarás una copa conmigo, para disculparme que no beba de tu vino?

—Me sentiré infinitamente dichoso de que así sea, Anténope. Pero... tú eres una noble, señora.

—¡Qué importa ello! —sonrió la joven, contemplando cómo se vertía el licor en su copa. Cuando estuvo servida, la alzó con sus largos dedos, ornados por unas afiladas uñas diamantizadas y dijo—: ¡Por todos los hombres que son lo suficientemente valientes para utilizar tu uniforme, Starman!

El joven correspondió con una breve inclinación de cabeza. Se humedeció los labios y luego depositó su copa en la mesa. Ofreció cigarrillos.

—Tú... eres noble, Anténope, y yo un esbirro, un hombre que alquila sus habilidades, digamos supresorias. La distancia que hay entre los dos es infinita, pero, a pesar de todo, ¿podría hacerte una breve pregunta?

—Puedes, Starman —dijo ella, exhalando el humo—. ¿De qué se trata?

Nuevamente el joven sacó a relucir la movifoto de Telva.

—¿La, conoces?

Anténope movió la cabeza.

—No la he visto jamás, Starman.

Starman movió la cabeza con gesto pesimista, al tiempo que de nuevo escondía la movifoto en uno de los bolsillos de su traje.

—Lo siento —dijo—. Perdóname.

—Oh, no tiene importancia. ¿Era... algo tuyo, Starman?

—La busco, simplemente, Anténope. Gracias, de todas formas.

—¿Tu... mujer?

—No. Era... la conocí aquí y tenía deseos de verla nuevamente. Pero, ¡es curioso! Nos conocimos en la Taberna y, por cierto, no hicimos el menor gesto para escondernos... ¡y ahora no la conoce nadie!

—Parece un poco raro, en efecto —comentó Anténope.

—Pero el suyo es un rostro que, una vez visto, no se olvida jamás —dijo Starman, acaso con demasiado calor en sus palabras.

Anténope sonrió.

—No todos la miran con tus mismos ojos, Starman. ¿Os es que esa mujer es la única bella de toda la Galaxia?

Starman sonrió, al mismo tiempo que, entendiendo la alusión, enrojecía.

—Discúlpame —murmuró—. Tú también eres muy hermosa. Tanto o quizá más que ella.

—Pero tú no me amas a mí y sí a ella, Starman.

Las manos de éste se cerraron bruscamente, como sendas tenazas.

—No estoy enamorado de ella —dijo sordamente—. Por el contrario... —y de repente, comprendiendo que iba demasiado lejos, apretó los labios.

Anténope no insistió. Durante unos segundos estuvo jugueteando con el largo y ahilado tallo de su copa, agitando el champán contenido en ésta y luego, después de un breve sorbo, comentó:

—Ha muerto el atamán, Starman.

—Ya lo sé —dijo el joven—. Un asesino disparó contra él.

—Es una coyuntura desagradable para todos nosotros —murmuró Anténope.

—¿Para vosotros? —rió con amargura el joven—. Tú eres una noble, Anténope. ¿Quién se atreverá a alzar un dedo contra uno de vuestra casta?

—El orden social actualmente existente se subvertirá, Starman. Y entonces vendrán las persecuciones...

—No contra vosotros, Anténope; esté segura de ello. Quienes pagarán las consecuencias de la muerte de Mowry seremos nosotros. Y esto aún podría ser un inconveniente menor si no fuera porque su figura aglutinaba todas las fuerzas de nuestra Galaxia con una cohesión imposible de destruir. ¿Qué ocurrirá ahora? Puedes imaginártelo fácilmente. La Galaxia se dividirá en varios Estados independientes, cada uno de ellos gobernado por un tiranuelo ávido de poder y gloria que prontamente será derrocado por otro individuo con similares pretensiones. Muy pronto, cada Estado-Constelación se subdividirá en Estados-Sistema Solar, y de aquí a la atomización planetaria sólo hay un paso.

—Según pintas el porvenir de nuestra Galaxia, el desastre está a punto de abatirse sobre ella, Starman —dijo fríamente, la joven.

—Trato de ser realista, Anténope —contestó Starman con toda tranquilidad.

—¿Y bien? ¿Por qué entonces la muerte del atamán?

—Muy sencillo. El atamán vivía en Europa. Como sabes, este planeta lleva el nombre de una antigua región terrestre, de donde salió la civilización que hoy nos alumbra. Sólo los ciudadanos europeos pueden utilizar libremente los métodos subespaciales para poder viajar entre las estrellas. Ningún hombre nacido fuera de Europa ha podido manejar jamás un disruptor del campo

espacio-temporal, ni hay nave que no sea una de la Guardia Imperial destacada en alguno de los planetas de la Galaxia, que no tenga su sede en Europa. Es forzoso, para viajar por los planetas de la Galaxia, hacerlo en una nave subespacial europea. Ningún otro planeta, fuera de las fuerzas de orden, dispone de medios de transporte subespaciales; sólo de los planetarios... lo cual sirve para distancias cortas, en el interior de los sistemas, alcanzando, acaso, velocidades próximas a las de la luz, las cuales son perfectamente inútiles para viajar entre las Constelaciones. A no ser —agregó Starman—, que uno quiera pasarse varios años en el interior de un casco de metal, cosa que, inevitablemente, conduce a la locura, como muy bien sabes.

—Están las drogas anticlaustrofóbicas, Starman —objetó Anténope.

—Sólo sirven para cortas distancias, pero acaban por crear hábito si se abusa de ellos. Y yo he visto a gente llena hasta las cejas de esa droga, acurrucados en el fondo de un cajón, gritando como poseídos cada vez que alguien les abría la puerta. No, decididamente, no, Anténope.

—¿Entonces...?

—No puedo arriesgarme a conjeturar nada, Anténope. Tengo para mí que la muerte de Mowry es debida a un grupo de ambiciosos que desean la libertad en la navegación subespacial. Pero ¿resolverá eso todos nuestros problemas?

—Es posible —dijo ella— que ahora surja un hombre fuerte que someta a la Galaxia a un régimen mucho más fuerte que el que había bajo el atamán.

—Sea lo que sea, distensión u opresión, la muerte de Mowry no puede traer ningún bien a la Galaxia. Pronto empezarán las diferencias entre los miembros de su Gabinete y...

—Pero la muerte es algo con lo que siempre hay que contar, Starman. ¿No había de morir un día u otro el atamán? —objetó la joven.

—Es cierto. Sin embargo, todavía era joven y robusto. Y, además, ya no estaba lejano el tiempo que debía designar a su sucesor, tras, naturalmente, los estudios y pruebas correspondientes que debían demostrar el acierto de su elección. ¿Quién era el hombre que un día iba a substituirle, Anténope? Mowry se ha llevado su secreto a la tumba y ésta es la situación con la cual debemos enfrentarnos ahora.

Anténope sonrió deliciosamente.

—¿Quién ha de enfrentarse con esa situación, Starman? ¿Por qué hemos de preocuparnos por algo que no sabemos siquiera si va a ocurrir? Bebe de nuevo conmigo.

Starman obedeció, impresionado, a su pesar, por la sugestiva belleza de Anténope, la cual, con aire negligente, se soltó el broche que unía el cuello de su costosa capa, dejándola resbalar a lo largo de su espalda y permitiendo que la ebúrnea redondez de sus hombros quedara al descubierto. Por un momento el fuego de la pasión penetró en el pecho de Starman, pero pronto pasó todo y volvió de nuevo a ser el hombre frío e inescrutable que debía tener la vista rápida, y la mano ágil para poder sobrevivir.

—Acaso te cueste un disgusto este diálogo conmigo, Anténope —dijo el joven.

Ella alzó con displicencia los hombros.

—¿Por qué? Soy libre, no tengo compromiso alguno y puedo obrar como se me antoje.

—¿No tienes ningún pretendiente a quien pueda molestarle que un esbirro te haya acompañado?

Ella se echó a reír.

—Si lo tuviera e hiciera como dices, contrataría tus servicios, Starman. Nadie más volvería a hacerme el menor reproche.

El rostro del joven se ensombreció. De nuevo le arrojaban al rostro la infamia de su profesión. ¡Cuán pocos sabían que si la había aceptado había sido por obligación... pese a que todo indicara el aspecto de la voluntariedad!

—Dispénsame, Starman —dijo ella, contrita—. Acaso te molesté y...

Pero sus palabras se cortaron de repente, viendo que las facciones del joven se endurecían, al mismo tiempo que sus ojos miraban fijamente en otra dirección.

Un gélido soplo de aire pasó por el interior de «La Taberna Estelar», apagando casi instantáneamente el rumor de los gritos y las risas, así como los cánticos. Anténope, se volvió en su asiento y entonces adivinó la causa de aquella inesperada variación ambiental.

Vestidos con sus sombríos uniformes de color violeta, media docena de hombres pertenecientes a la Guardia Imperial, al mando de un capitán, pertrechados todos ellos con fusiles destructores, acababan de cruzar el umbral de la puerta.

CAPÍTULO III



L silencio era tan denso que hubiera podido oírse el vuelo de una mosca. Ninguno de los presentes hablaba, fijas todas las pupilas en aquel siniestro color violeta, contra el que destacaban algunos chispazos metálicos de las armas y correajes. El capitán dio un paso voz lo suficientemente clara, exclamó:

—Todo el mundo quieto en su sitio. ¡Revisión de tarjetas!

Starman se estremeció. Sabía bien lo que aquello significaba.

Dentro de pocos minutos, los sicarios de la Guardia Imperial estarían allí. En el momento actual podía no ser sospechoso, pero era suficiente llevar aquel uniforme para ser conducido sin falta a los laboratorios científicos de Shinania, en donde, con toda seguridad, sería sometido a un psicosondeo cuyos resultados eran fáciles de prever. Un ciudadano corriente hubiera invocado sus derechos constitucionales y el psicosondeo no se le hubiera practicado; pero un esbirro como él, según los casos, carecía de aquellos derechos.

Miró a todas partes, como buscando una salida. Anténope se dio cuenta de ello.

—Te encuentras incómodo, Starman.

El joven no contestó. Estaba calculando el tanto por ciento de posibilidades que tenía de huir, pero se decía al mismo tiempo que ese porcentaje era mínimo. Dos de los guardias estaban en la puerta, cubriendo la entrada, con los fusiles al puño, atentos al menor movimiento sospechoso e impidiendo con su solo gesto el acercamiento de ninguna persona a aquel punto. El capitán con otro sicario y tres más por otra parte, divididos en dos grupos, habían comenzado ya el examen de las documentaciones.

Starman empezó a temer la llegada del momento definitivo. No quería ser atrapado, al menos antes de haber hallado a Telva. Después no le importaba, pero ahora...

Anténope sonrió levemente, al darse cuenta de sus congojas. Tomó su bolso y hurgó en él unos segundos.

De pronto, la luz se apagó. De un modo brusco, total, sin transición alguna, pasando de una brillante iluminación a unas tinieblas absolutas en una fracción de segundo.

Por un momento el silencio continuó. Después estalló el ruido.

Gritos, silbidos e imprecaciones de todo género se oyeron en todos los ámbitos de la taberna. La potente voz del capitán sobresalió por encima de todas las demás, rugiendo en procura de luz.

Starman se puso en pie instantáneamente, pero en el mismo momento el suave contacto de una mano con la suya alertó todos sus sentidos. La mano tiró de él.

—¡Ven! —dijo suavemente Anténope.

Starman no lo dudó más. Desenfundando su pistola, teniéndola, lista para cualquier emergencia, echó a correr, siguiendo a la joven hacia la salida del local.

En aquel momento, varias rayas de fuego cruzaron la obscuridad. Los disparos eran silenciosos, pero los estallidos de los proyectiles hacían crujir la atmósfera. Horrendos gritos de dolor y pánico se elevaron de entre la masa de gente, ametrallada impíamente por los guardias.

Los poderosos hombros del joven hendieron la marea humana que pugnaba por aproximarse hacia la puerta. Ahora era él quien iba delante, arrastrando a Anténope y, al mismo tiempo, cubriéndola con su cuerpo. Podía morir acaso en el empeño, pero se sentía agradecido hacia ella, pues se daba cuenta vagamente de que el gesto de Anténope al husmear en su bolso había sido lo que provocara el apagón.

Alguien encendió una antorcha de emergencia. La pistola de Starman llameó, destrozando la lámpara. A cada paso se hallaban más cerca de la puerta.

El instinto, más que la vista, les salvó en aquella ocasión. Un guardia, cuya silueta destacaba ahora claramente contra el fondo iluminado del vestíbulo, pues las cortinas de acceso habían sido corridas, encaró el fusil hacia ellos.

Starman desvió el arma con una mano, moviendo la otra en la que tenía la pesada pistola destructora,

La mandíbula del guardia crujió y éste se desplomó inerte.

Otro guardia retrocedió, levantando el fusil. Starman no quería matarlo; a fin de cuentas, era un hombre que cumplía con su deber. Tiró contra el arma, destrozándola y derribando de paso al sicario.

La puerta quedó libre y los dos salieron por ella, perseguidos por unos cuantos disparos que destrozaron violentamente sendos paneles del muro. Pero ya no había nadie entre ellos y la libertad.

—Tengo el coche aquí cerca —susurró ella, convirtiéndose de nuevo en su guía.

En la calle se oían las sirenas de alarma de los coches patrulleros de la guardia que acudían a la taberna. Anténope se detuvo ante un vehículo de forma ovoidal por la parte superior y plano por la inferior, cuya superficie curva, en su mayoría, era transparente.

Una vez más echó mano de su bolso, extrayendo de éste una especie de lápiz, en cuya punta había una diminuta lamparita, que hizo oscilar de acuerdo

con un ritmo determinado. Al instante, la cúpula volteó, permitiendo el acceso a su interior.

Anténope se sentó en uno de sus mullidos asientos, invitando a Starman a hacer lo propio en el contiguo. El joven, tras breve vacilación, la imitó.

La cúpula se cerró al momento con seco chasquido. El vehículo pareció saltar muellemente, quedando a unos diez centímetros del pavimento, y luego, con inigualable suavidad, arrancó.

Anténope conducía con singular habilidad. Su mano derecha en la barra de mando del coche apenas se movía ligeramente a derecha o a izquierda, según las necesidades del tránsito, adelantándola o retrasándola levemente para aumentar o disminuir la marcha del vehículo, sostenido en el aire por repulsión electromagnética. El viento silbaba tenuemente al deslizarse por las superficies aerodinámicas del aparato.

De pronto, frente a ellos, una luz violeta se apagó y encendió rápidamente varias veces. Starman comprendió que era el faro de un coche de patrulla que les ordenaba detenerse y, sin vacilar, echó mano a su pistola.

Anténope movió la cabeza, al mismo tiempo que tiraba hacia atrás de la barra, deteniendo el vehículo.

—¡No! ¡Déjame a mí!

El coche se detuvo, justo en el momento en que la patrullera lo hacía a su lado, quedando por la parte donde estaba Anténope. Ninguno de los dos conductores hizo ademán de descubrir las cúpulas de los vehículos; se limitaron a conversar por medio de los transmisores respectivos.

El comandante de la patrulla miró inquisitivamente a Anténope. Ésta se limitó a enseñarle un disco brillante, que hizo parpadear al hombre vestido de violeta.

—Este hombre viene conmigo, oficial. Lo he contratado a mi servicio.

El oficial hizo una mueca de desdén.

Dijo:

—Muy bien, noble señora. Sigue tu camino y dispénsanos por haberte detenido.

—Cumplías con tu obligación, oficial. ¿Cómo te llamas?

—Badko, señora.

—Lo haré saber así a tus superiores, Badko. Gracias por todo y... ¡buena caza!

—Todos estamos deseando capturar al hombre que mató a nuestro Atamán.

Una indefinible sonrisa se dibujó en los perfectos labios de Anténope.

—¿Estáis seguros de que ese hombre se encuentra aquí, en Shinania?

—Todos los indicios parecen demostrarlo así, señora.

—Muy bien; entonces, no os quiero detener más. Seguid.

La patrullera arrancó y Anténope puso en marcha su coche. Starman se inclinó hacia adelante y cortó el contacto del transmisor.

—¿Por qué hiciste eso por un esbirro, Anténope? —inquirió, con leve

despecho en el tono de su voz.

Ella le miró de soslayo.

—¿Te molesta, acaso, verte protegido por una mujer, Starman?

—No es eso. Se trata de... —y no sabiendo qué decir, el joven calló.

No desplegó los labios hasta que se encontraron en el domicilio de la muchacha. Un criado, lujosamente ataviado, salió a recibirlos.

El hombre podría estar muy bien educado y, posiblemente, acostumbrado a las extravagancias de su señora; pero para él resultaba superior a toda ponderación la presencia de un sicario profesional en la casa. Sin poderlo evitar, retrocedió un paso, con un gesto lleno de repugnancia.

—¡Señora! —dijo, con reproche en el tono de su voz.

—¡Silencio, Erman! ¡Este hombre es mi huésped! ¿Lo entiendes?

Erman se inclinó.

—Muy bien, como gustes, señora.

—Vamos ahora al saloncito. Sírvenos de beber allí.

Anténope se volvió con un gesto lleno de gracia para que el criado la despojase de su capa. Luego, mirando a Starman con una indefinible sonrisa pintada en su hermoso rostro, le dijo;

—¿Vamos?

Starman se dio cuenta vagamente de la magnificencia del domicilio. Atravesó un par de habitaciones y pronto estuvieron en otra circular, casi toda ella rodeada por un diván, en uno de cuyos lados había una mesita.

—Aguárdame unos momentos —dijo ella.

Starman quedó en pie, contemplando el decorado que le rodeaba. El muro de la estancia, excepto por la puerta de la entrada, era todo una estantería, repleta de libros, lo cual le dio al joven una idea no sólo de los exquisitos gustos de su anfitriona, sino del enorme volumen de su fortuna. En una época en que un libro costaba casi tanto como el motor de una astronave, tener aquella biblioteca era casi un insulto. La mayoría de las gentes se limitaba a sus cintas proyectables, en las cuales había todo lo que deseaban saber.

Erman acudió trayendo un cubo con hielo, en el que había una botella y dos copas, que dejó sobre la mesa, con visible repugnancia hacia el joven. Éste encendió un cigarrillo, haciendo caso omiso de la hostilidad del criado.

Anténope no tardó en regresar. Se había cambiado de ropa y ahora vestía una sencilla blusa, sin mangas, de tejido esponjoso y color amarillo, y pantalones muy ceñidos, de color marrón claro, calzando unas cómodas sandalias de gruesa suela, que se acomodaban graciosamente a sus pies como sendos guantes.

Con un gesto lleno de felina gracia, se sentó en el diván, con las piernas recogidas, mirando fijamente, mientras sonreía, a su huésped.

—Sírveme de beber, ¿quieres?

Starman destapó la botella y echó vino en las dos copas. El champaña burbujeó perceptiblemente en el tenso silencio de la estancia.

Con una copa en la mano y un cigarrillo en la otra. Anténope miró

nuevamente al joven.

—Starman —dijo—, sin duda te extrañará que te haya librado de las requisitorias de la Guardia Imperial.

—Te estoy muy agradecido por lo que hiciste por mí, Anténope.

—Esa no es una respuesta para mi pregunta, Starman.

El joven vaciló un momento; después, dijo:

—Tu presencia en «La Taberna Estelar» me releva de todo comentario, Anténope.

Ella se echó a reír.

—Merezco la respuesta, Starman. Gracias por ello —y después de una corta pausa, añadió—: Es cierto. Fui allí para buscar a un hombre: tú, Starman.

—¿Sabías que tenía que estar allí? —preguntó el joven, sorprendido.

—No es la primera vez que alguno de los dos vamos a aquella taberna. Y yo te había visto al menos una vez antes de ahora.

Starman no se pudo contener y avanzó un paso hacia ella.

—¿Me viste, entonces, con aquella mujer?

Anténope sacudió la cabeza.

—No. Estabas solo y te sentías muy desgraciado, al parecer.

—¡Ya! —exclamó Starman, curvando sus labios en una desdeñosa sonrisa —. Y tú te dijiste, sin duda, que a juzgar por mi aspecto debía ser un habitual de «La Taberna Estelar» y que te gustaría consolarme, ¿verdad?

Ella no se movió de su postura. Ni tampoco separó sus ojos de los de él.

—Estás en un error, Starman. Tu soledad o tu desgracia me importan un comino. Yo sólo pretendía... pretendo todavía, mejor dicho, contratar los servicios de un hombre como tú... que fue lo suficiente audaz para matar a Mowry, el atamán de la IX Galaxia.

Las palabras de la joven impactaron duramente en el cerebro de Starman. Sin poderse contener, retrocedió un par de pasos.

—¿Cómo lo sabes? —balbuceó.

Ella sonrió.

—Muy sencillo. A estas horas, todos los esbirros profesionales como tú se encuentran en el Centro de Psicosondeos e Investigaciones Mentales de la ciudad. No les han llevado; han ido voluntariamente, para que les sondeen el cerebro, único medio de librarse de la sospecha de haber matado, por encargo de otra persona, naturalmente, al Atamán. Y tú... bien, no es necesario que diga lo que hacías. Ahora dime que miento, Starman.

El joven vaciló unos momentos. Luego, como para darse ánimos, vació la copa de un trago y prendió fuego a un nuevo cigarrillo.

—Es cierto —murmuró, mirando fijamente a su anfitriona—. Yo maté a Mowry.

Ella casi se puso en pie de un salto.

—¡Magnífico! —exclamó—. ¡Tú eres el hombre que yo ando buscando, Starman!

—¿Para qué? —preguntó él, con acento hostil.

—Te lo explicaré más tarde. Ahora, debes contentarte con saber que te acabo de contratar. Fija tú mismo el precio.

Starman movió lentamente la cabeza.

—No puedo. Te estoy muy agradecido por cuanto has hecho por mí, pero no puedo entrar a tu servicio.

—¿Qué estás diciendo? ¿Piensas acaso que no tengo dinero suficiente para pagarte? —exclamó ella orgullosamente.

—No, No es eso, Anténope. Es que... antes de aceptar un nuevo trabajo, tengo que encontrar a una persona.

—¡Ah, ya! —exclamó ella, despechada—. La muchacha de la movifoto.

—Exactamente, Anténope —asintió él.

—¿Y por qué? ¿Qué es lo que significa para ti esa mujer, Starman? ¿Acaso era tu prometida?

El joven rió tan sonora como amargamente.

—¿Qué mujer, Anténope —dijo—, querría casarse con un hombre como yo? No, no la busco para eso sino porque... ella fue la que me pagó para que matase al Atamán.

Ella preguntó:

—¿Nada más?

—¿Es que te parece poco?

Anténope se encogió de hombros.

—Dame más champaña —y cuando hubo bebido de la copa, continuó—: Acaso tenía alguna cuenta que saldar con Mowry, Starman.

—No me importa.

—Debe importarte. Para eso eres un esbirro; para obedecer ciegamente a quien te paga, sin entrar en los motivos que le impulsan. De lo contrario, ¿por qué llevas ese uniforme?

—Este caso es muy distinto, Anténope. El Atamán era mi padre.

Las palabras de Starman sonaron como el tañido de una campana en el silencio de la madrugada. La sorpresa de Anténope fue tan grande, que la copa se le escapó al suelo, haciéndose añicos.

—¿Mowry... tu padre? Pero... pero eso es absurdo, increíble. ¡El champaña se te ha subido a la cabeza, Starman!

—¡No! —gritó él—. Me lo dijo cuando acababa de disparar con mi rifle subespacial. Luego... quise matarla, pero se me escapó de entre las manos.

—Y por eso la buscas ahora, ¿verdad?

Starman asintió, inclinándose a recoger los fragmentos de la copa.

—Es curioso —musitó Anténope—. Yo andaba buscando a un hombre como tú para que me ayudase a... ¡Y resulta que, he ido a encontrar al mismo que buscaba! —terminó con una risa nerviosa.

Starman la miró de soslayo.

—¿Por qué te ríes? —preguntó—. ¿Qué gracia ves en todo esto?

—La tiene, y acaso más de lo que tú mismo te crees, Starman. Quiero que

me ayudes a buscar a esa joven.

—Es precisamente lo que pretendo hacer —dijo él, muy sorprendido por la coincidencia aparente de propósitos.

—Pero a mí no me interesa ella; te la dejo para ti, Starman.

—¿Entonces?...

—Quiero saber quién se esconde detrás de la muchacha. Ella no ha obrado por cuenta propia. ¿Qué interés puede tener una mujer de menos de veinticinco años, joven, rica y, a juzgar por las apariencias, noble, en eliminar al Atamán? No, Starman; ella fue el cebo.

—Pudiera ser —murmuró el joven, desconcertado.

—Tú fuiste la mano; ella el músculo; pero ¿dónde está el cerebro que mueve todos esos órganos? A esto me remito yo, ¿comprendes? No me interesa la mano, que eres tú, ni el músculo, que es ella, sino quienes la ordenaron contratarte y la facilitaron los medios de pagarte; al cerebro, en suma.

—Muy bien —se decidió el joven—; estoy de acuerdo contigo. Hay algunos puntos obscuros en tus palabras, pero confío en aclararlos a medida que pase el tiempo.

—Tú no debes hacer otra cosa que obedecerme, Starman. Pensar me corresponde a mí, ¿entiendes?

Él la miró con sorpresa y luego resignadamente.

—Tienes razón —dijo—; había olvidado quién soy.

—Recuérdalo en todo momento, Starman; no lo olvides jamás. Y ahora, una pregunta: ¿dónde tienes tu rifle subespacial?

—En el hotel donde me alojo.

—¿No temes que puedan quitártelo?

Starman sacudió la cabeza.

—Tendrían que abrir la caja donde se encuentra, la cual está cerrada mediante una combinación que yo sólo conozco. Se necesitaría usar de la violencia y entonces, un potente explosivo lo destruiría todo, hasta al hombre que quisiera apoderarse del arma.

Anténope le miró con admiración.

—Estás en todo, Starman.

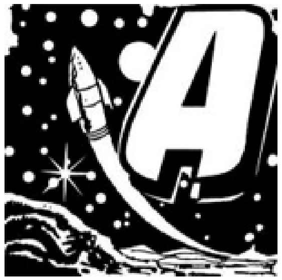
—Debo hacerlo así, o no viviría mucho tiempo.

—Muy bien, pues. Entonces, vamos a discutir los planes de campaña. Nos vamos a poner en marcha inmediatamente.

—Hay prisa, ¿eh? —dijo Starman con sorna.

—¿Tú qué crees? —dijo ella, mirándole fijamente.

CAPÍTULO IV



ruegos de Anténope, una de las primeras cosas que hizo Starman fue cambiarse las ropas que llevaba y ponerse otras.

—Si me encuentran vistiendo un traje que no me corresponda, lo pasaré muy mal —le advirtió el joven

—Espero no seas lo suficientemente tonto como para dejarte atrapar —había contestado ella y, efectivamente, ahora, Starman parecía otro hombre.

Vestía enteramente de gris, color que pertenecía a los operarios que trabajaban en los laboratorios productores de carne sintética, llevando pendiente de un ganchito situado en su hombro izquierdo la tarjeta de identidad correspondiente que le señalaba como a tal operario.

En cuanto a Anténope, también su aspecto había cambiado bastante. En primer lugar, había teñido sus cabellos de un color violeta obscuro que, recogidos en un redondo moño en la nuca, alteraban notablemente la fisonomía de su rostro. Unos ajustados pantalones hasta las rodillas, una blusa sin mangas y unos zapatos de medio y cómodo tacón, concluían su atavío, aparte de un bolso de regular tamaño, en el cual iba la destructora de Starman, el cual no podía llevarla a la vista, si quería seguir desempeñando el papel que ahora se atribuía.

Salieron de su casa por la parte posterior. Desde que se encontraran hasta aquel momento, habían transcurrido varios días, durante los cuales Starman no se había movido de aquel escondite.

Había sido necesario aquello. Starman no hubiera podido agenciarse la tarjeta de identidad, cosa que Anténope había conseguido sin, aparentemente, mayores esfuerzos, proporcionándose otra para sí, como ayudante del laboratorio de producción de carne. Los medios de que se había valido Anténope para conseguir aquellos documentos, permanecían en la sombra para el joven, el cual, por otra parte, conociendo el poder del dinero, daba por supuesto que a Anténope no debía haberle costado mucho trabajo conseguir su objetivo.

Por otra parte, durante el tiempo que había permanecido en casa de ella, apenas si la había visto. Una vez trazado el plan de operaciones, Anténope se había retirado, después de ordenar a sus criados que cuidaran de él, cosa que habían hecho no sin visibles muestras de desagrado. Pero esto le traía a

Starman sin cuidado; estaba acostumbrado de sobras.

No la vio más que una o dos veces y solamente cambiaron un par de frases de evidente intranscendencia. Después, ella había dicho que todo estaba listo y ahora salían por la puerta trasera, a primera hora de la mañana, listos para incorporarse a su nuevo trabajo.

No utilizaron ningún vehículo. Simplemente, las aceras deslizantes les fueron llevando, por sectores, unas veces al descubierto, otras por subterráneos, a su destino. Al fin, a unos diez kilómetros de la ciudad, se detuvieron frente a la gran puerta de acceso a la fábrica.

Enseñaron sus tarjetas. El jefe de los guardianes de la puerta tomó nota de ellas y dijo:

—Seguid todo recto. Doscientos metros a la derecha, hallaréis las oficinas. Allí se os señalará vuestro puesto definitivo.

Anténope arrugó la nariz. Ya flotaba en el aire el dulzón aroma de la carne sintética y éste era un síntoma que prometía acentuarse más todavía. Pero, haciendo de tripas corazón, lo mismo que el joven, siguió hacia adelante.

A medida que caminaban iban viendo los grandes domos donde se fabricaba la carne. Eran unas enormes cúpulas transparentes, semiesféricas, herméticamente cerradas, en cuyo centro se veía una gran montaña de color entre pardo y rojizo, por encima y a los lados de la cual pululaban como una docena de hombres, todos vestidos con unos simples pantalones cortos, muy ajustados a la epidermis, y todos armados con unas larguísimas cuchillas de acero con un aspecto muy semejante a navajas de afeitar y el filo tan aguzado como éstas.

—Ese será, de ahora en adelante, tu trabajo, Starman —cuchicheó Anténope al oído de su compañero. El joven asintió.

Otro guardia examinó sus tarjetas.

—Cuarto piso, segundo corredor, puerta DL-40 —dijo con indiferencia, y la pareja se introdujo en el edificio.

No tardaron mucho en hallar su objetivo. Concedido el permiso para entrar, se hallaron en una estancia repleta de archivadores, en la cual había un hombre, al parecer muy atareado. Se volvió hacia ellos con un tono hostil en la voz.

—¿Qué queréis? Ah, ya me lo supongo —dijo—. Incorporaros a vuestro trabajo, ¿no? ¿Por qué no habéis venido antes?

Starman abrió la boca para contestar, pero el otro no le dejó seguir.

—Es igual, es igual —farfulló—; no os creeré. A ver, vuestras tarjetas. Dádmelas.

Starman y Anténope obedecieron. El hombre las tomó y luego las introdujo por una ranura en una especie de computadora, cuyo tablero frontal empezó a despedir chispazos de todos los colores.

Dos minutos más tarde, las tarjetas eran expulsadas al exterior por otra ranura, deteniéndose en una bandeja. El burócrata las tomó, releyéndolas un instante, y luego las devolvió a sus propietarios.

—Tú —dijo a Starman—, preséntate al encargado del domo duodécimo. Cuando llegues allí ya tendrá instrucciones.

—¿Y yo? —preguntó Anténope.

—En el noveno piso, séptimo corredor, puerta 2-F, está tu lugar de trabajo —contestó secamente el oficinista—. Vamos, vamos; habéis llegado con tres minutos y medio de retraso y tendré que descontároslos de vuestra paga. ¡A trabajar, a trabajar! Aquí no queremos vagos.

Starman y Anténope asintieron. Fuera de la habitación, se detuvieron, contemplándose unos instantes el uno al otro.

—Ya sabes lo que hay que hacer —dijo ella—. Que tengas suerte.

—Digo lo mismo —contestó Starman, estrechando la mano que se le ofrecía.

Se separaron. Anténope ascendió, en tanto que Starman buscó la salida.

Una vez en el exterior, no le fue difícil hallar el domo número doce. La semiesfera tenía adosada, por su parte exterior, una especie de casamata, también transparente, dentro de la cual se veía un hombre.

Starman se presentó, dando el nombre que figuraba en su tarjeta: Shantor. El capataz examinó la documentación y luego dijo:

—Pasa ahí dentro.

Starman parpadeó, no viendo nada que pudiera justificar la palabra. Pero sus dudas fueron cortadas por un seco empujón del capataz.

El joven se volvió, airado, pero, pensándolo mejor, calló. Avanzó unos pasos, dándose cuenta de que la transparencia de la caseta había sido opacada mediante una adecuada polarización del vidrio de que estaba construida.

El capataz le arrojó unos pantalones.

—Cámbiate de ropa y ponte esto. Los zapatos también.

Starman asintió, regresando a los pocos minutos. El capataz lo miró con admiración, sugestionado a su pesar por la poderosa musculatura del joven

Pero no dijo nada al respecto. Gruñó:

—Da dos pasos a tu izquierda.

Starman obedeció, permaneciendo luego inmóvil. Quedó así durante unos minutos hasta que, de pronto, el capataz dijo:

—Ya está.

—Ya está, ¿el qué? —preguntó el joven, sin poderse contener.

—Tu asepsia —el pulgar del capataz señaló hacia el interior del domo—. Nadie puede penetrar ahí sin haber sido desprovisto de gérmenes nocivos, en perfectas condiciones de esterilización. Durante unos minutos has estado sometido a la acción de los rayos ultravioletas, que han eliminado todo germen que pudiera haber en tu epidermis. Ahora, gira a la izquierda y avanza hasta tocar el muro de vidrio.

Starman obedeció.

—Tu tarea es bien sencilla, por otro lado —añadió el capataz—. Toma una cuchilla y corta todo trozo de carne que sobresalga demasiado. Luego lo echas en la cadena de transporte. Eso es todo.

—Sí —contestó con voz átona el joven.

—Bueno... pues que te diviertas —se burló el capataz. Y, al instante, la barrera desapareció.

Por un momento, un pesado olor invadió la pituitaria del joven, mareándole casi con su intensidad. Además, junto con el aroma salió también una bocanada de aire húmedo y caliente en extremo, y las dos cosas, reunidas, le hicieron vacilar.

Una sarcástica carcajada sonó a sus espaldas. Una mano se apoyó a éstas y luego, antes de que el joven pudiera recuperarse, se sintió lanzado hacia adelante. En el acto, el seco chasquido de la puerta de vidrio al cerrarse, golpeó sus oídos.

El calor era espantoso y agobiante en el interior del domo, cuyo diámetro alcanzaría al menos los cincuenta metros, por veinte o más de alto. En su centro se veía la enorme masa de carne sintética, ocupando dos terceras partes del espacio disponible, en torno a la cual se afanaban diez o doce hombres, todos ellos provistos de sendas cuchillas, con las cuales cortaban sin cesar gigantescas rebanadas que luego arrojaban, utilizando la misma hoja de la cuchilla como pala, a una cinta sin fin que pasaba por uno de los lados de la semiesfera.

Starman permaneció unos momentos irresoluto hasta que, de pronto, un megáfono sonó, con irritados tonos, por encima de su cabeza.

—¿Qué haces ahí parado, estúpido? Coge tu cuchilla y a trabajar —le apremió el capataz.

Con paso renuente, sintiéndose sofocado por el olor y la temperatura tropical del ambiente, Starman se acercó a la colosal masa de carne. En uno de los lados sobresalía el mango de una cuchilla, que alguien había dejado allí clavada y que, quedando en un sitio donde no se había recortado nada de carne, corría peligro de quedar sepultada por el crecimiento de la masa cárnica.

Tiró de ella, advirtiendo que salía con facilidad. Luego, cogiendo el mango de ferroplastex con las dos manos, la sopesó. Era un instrumento de tres metros de longitud al menos, casi dos de los cuales constituían la hoja propiamente dicha, cuya anchura tendría unos cuarenta centímetros. Estaba dotada de punta, aunque no muy aguda, y dos filos, capaces de cortar un cabello en el aire.

«Un arma formidable», pensó, y luego, manejándola, cortó un poco de carne. La rebanada cayó al suelo y Starman la recogió, haciéndola voltear por el aire, hasta arrojarla cerca de la cinta de transporte. Otro operario la recogió, echándola en la cinta, la cual corría lentamente, hasta desaparecer por un orificio cerca de la entrada del domo.

Starman puso el pie en la masa de carne, para colocarse encima del saliente que había decidido nivelar, pero casi en el acto lo retiró, asustado.

Una sonora carcajada estalló por encima de su cabeza. Starman levantó la suya y vio a un hombre, apoyado en el mango de su cuchilla, que le miraba

desde arriba, casi en la cúspide de la mole de carne.

—Te has sorprendido, ¿verdad? ¿Cómo te llamas, compañero?

—Shantor.

—Mi nombre es Korrit, Shantor. Vamos, sube, no tengas miedo. Eso les pasa a todos la primera vez,

Starman obedeció. Al poner los pies desnudos sobre la carne, notó aquella curiosa vibración que le había hecho retroceder y que daba la sensación de hallarse sobre un cuerpo vivo.

Korrit bajó hasta él, hablándole como si hubiera adivinado sus pensamientos.

—Y así es, Shantor. Esto está vivo, sólo que, claro, no piensa. No digo que no sienta, porque, según donde pasa la cuchilla, a veces, los estremecimientos son más fuertes que de ordinario. Pero ya te acostumbrarás, no te preocupes.

Shantor admiro íntimamente la colosal estatura de Korrit, el cual le pasaba, al menos la cabeza, teniendo el resto de sus miembros una adecuada proporción. Era un auténtico hércules, que, según cuáles fueran las circunstancias, debía ser un mal enemigo.

—No había estado nunca aquí —dijo Starman, a modo de excusa.

La cuchilla de Korrit, hábilmente manejada, cortó una rebanada de carne de un metro, tomándola luego en la parte plana y lanzándola a lo lejos. La carne así cortada cayó justo en el centro de la cinta de transporte, que se la llevó.

—Para estar aquí no es necesario otra cosa que saber mover los brazos, amigo Shantor —dijo Korrit—. La inteligencia no cuenta.

Starman arrancó otra rebanada.

—Ya lo veo —dijo pensativo, lanzándola lejos de sí. Sentía bajo sus pies el tibio calorcillo de la carne, cuyos estremecimientos no cesaban un momento.

Luego preguntó:

—¿Cómo funciona esto, Korrit?

—Por debajo del montón de carne, fuera de la vista, están los tubos que transportan los jugos que alimentan a la carne y que vienen desde los laboratorios, así como los demás instrumentos que controlan la temperatura, el grado de pureza de la carne y otros datos, que son registrados y controlados fuera de aquí. Pero a nosotros eso no nos importa; con procurar que esto no crezca demasiado, es suficiente.

Korrit movió la cuchilla, nivelando un trozo que tenía casi bajo sus pies y luego se echó a reír.

Miró a Starman.

—Una vida divertida, ¿eh, Shantor?

—No se puede uno quejar de ella, Korrit.

—Ya me lo dirás dentro de dos semanas. Dentro de dos semanas —repitió el hércules—, aborrecerás la carne y no podrás verla ni en pintura. Menos mal que aquí son buenos con nosotros y nos procuran verdura en abundancia; de

lo contrario, un día estallaría una rebelión.

—¿Qué descansos hay aquí, Korrit?

—¿Acabas de llegar y ya pides descanso, Shantor? Mal enterado estás de las costumbres de la fábrica.

—Lo siento. Para mí es un trabajo enteramente nuevo.

—Harás cinco horas de un tirón; descansarás otra, durante la cual, si tienes tiempo, te ducharás además de comer. Aunque te aseguro desde ahora que no comerás. Hoy por lo menos, hasta que el hambre te atosigue. Y luego, otras cinco horas de trabajo. Una más para el aseo y la cena, y luego quedan doce que se reparten entre el descanso, el sueño y el desayuno.

—El trabajo es quizá un poco excesivo, pero no agotador —comentó Starman.

—Excepto que no sales de la fábrica para nada, y que sólo tienes las diversiones que ellos quieren, que suelen consistir invariablemente en emisiones de música insoportable, todo lo demás no tiene la menor importancia.

—Siempre queda la posibilidad de rescindir el contrato, Korrit.

El gigante se echó a reír.

—Aquí lo único que rescinde el contrato es la muerte, Shantor —dijo.

—Quedan las enfermedades.

El gigante interrumpió el viaje de su cuchilla, mirándole absorto.

—¿En...fermedades has dicho? ¿Qué clase de enfermedades puedes tener cuando a cada momento estás siendo sometido a la más terrible de las asepsias, cuando casi toda tu vida transcurre en un sitio como éste, exento en absoluto de gérmenes patógenos? Ni un mal constipado, Shantor, ni un mal constipado. ¿No es esa una vergüenza?

Starman sonrió interiormente, en tanto manejaba la cuchilla cortando sin cesar enormes rebanadas de carne, que la cinta se llevaba de continuo.

—¿Qué hacen después de esto? —preguntó, al mismo tiempo que arrojaba por los aires un trozo enorme.

—Va a unas máquinas cortadoras, donde la carne es cortada en trozos exactamente iguales, que luego otras máquinas empaquetan, quedando ya así lista para la distribución y el consumo. Naturalmente, quedan trozos que no se ajustan a las dimensiones establecidas, y esos trozos son los que comes tú y otros desgraciados como tú, y esta bestia sin ojos ni cerebros —dijo Korrit, golpeando con el pie la masa de carne que tenía bajo él.

Starman sintió que el estómago se le revolvía.

—¿Qué? ¿Que esto... se devora a sí mismo?

—¡Hombre! Los trozos sobrantes vuelven a las transformadoras, donde, convertidos en jugos asimilables son enviados a los tubos de distribución. Esto no tiene dientes, Shantor.

Starman meneó la cabeza.

—A veces pienso que yo tampoco quisiera tenerlos. Creo que odiaré la carne para el resto de mis días.

—Ya te acostumbrarás —dijo Korrit, sin dejar de mover la cuchilla—. ¿Qué hacías antes, Shantor?

Cogido por sorpresa, Starman permaneció unos segundos sin saber qué decir. El propio Korrit le sacó del atasco.

—Ah, ya entiendo —dijo—. Seguro que cometiste alguna tontería y te expulsaron de la Guardia, ¿no?

—Sí, eso es —se apresuró a contestar el joven, visiblemente aliviado por la solución que el propio Korrit le había dado.

El gigante continuó:

—Han pasado muchas cosas desde que murió el Atamán. Todavía no han nombrado a su sucesor. ¿Qué opinas tú del asunto?

Starman se encogió de hombros.

—¿Significará la venida de un nuevo Atamán el cambio de trabajo? Tendré que seguir aquí, ¿no?

—Hombre, si lo miras desde ese punto de vista... —se quejó Korrit.

—¿Y cuál otro puede tener interés para mí, Korrit? Que nombren a uno, que nombren a otro, me es indiferente. ¿Por qué, por ejemplo, en lugar de fabricar carne sintética, no se preocupan de aumentar los rebaños y proporcionarla natural?

—Porque los rebaños, aparte de ocupar un espacio del cual no andamos muy sobrados, consumen mucho y desperdician más de lo que producen. Pero, además, no estábamos hablando de vacas, demonio.

—Es cierto —rió sin ganas el joven—. Hablábamos de un nuevo Atamán. ¿Has oído tú algo acerca del asunto?

Korrit se encogió de hombros.

—Nada, excepto que, desde la muerte de Mowry, el Gabinete anda reunido, deliberando acerca de quién ha de ser el sucesor.

—Se tirarán los trastos a la cabeza el día menos pensado —comentó indiferentemente el joven.

—Con tal de que no me alcancen a mí —mascculló Korrit.

—¿No temes que pueda estallar una guerra civil? —preguntó el joven.

Korrit se encogió de hombros.

—No soy guardia ni soldado —dijo—. Ese cuidado queda para los que manejan las armas.

—Pues tú tienes aspecto de haberlo sido también.

—Pero nunca me gustó.

—¿Por qué?

Los ojos de Korrit miraron a Starman con una expresión singular. Al cabo, contestó:

—Porque nunca me ha gustado ser esclavo de nadie, Shantor.

El joven se echó a reír.

—Ahora lo eres de este montón de carne, Korrit.

—¡Basta ya! —gruñó, furioso, el gigante—. No me gusta que se burlen de mí. Eres nuevo y por eso te lo tolero, pero en lo sucesivo si me gastas alguna

broma...

—Lo siento —dijo Starman, con falsa contrición en su acento—. Continuemos hablando del Atamán.

—¡Que se vaya al infierno... donde seguramente debe estar ya! —gritó salvajemente Korrit—. Me gustaría conocer al tipo que lo mató. Muchos reaños debe tener para haberlo hecho. Estoy seguro de que lo andan buscando como locos y no para colgarle del cuello una medalla, precisamente.

—¿Tú crees que la merece? —preguntó Starman, tratando de dominar sus emociones, para que no se le reflejaran en el rostro.

—¿Cómo que si se la merece? Y el agradecimiento de toda la Galaxia, además. Pero... —Korrit meneó la cabeza pesarosamente y agregó—: lo matarán. Y será una lástima.

—Quizá no logren echarle el guante —dijo cautamente Starman.

—Son muy listos esos tipos y, tarde o temprano, lo cazarán. Entonces no me gustaría estar en su pellejo.

—Luego, según tú, el Atamán debía morir.

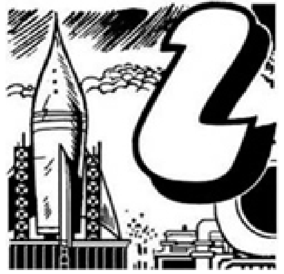
Korrit arrojó una singular mirada a su compañero.

—Dejemos ya esta conversación. Se está haciendo un poco pesada, ¿no crees?

—¿Más que cortar carne? —repreguntó Starman, riendo.

Cuatro horas más tarde, un leve zumbido indicó la cesación de la primera etapa de su jornada de trabajo. Starman clavó su cuchilla en la carne y, siguiendo a Korrit, saltó al suelo, encaminándose presuroso a la esclusa de acceso al domo. Sólo tenía una hora por delante y era necesario aprovecharla.

CAPÍTULO V



UCHANDO a brazo partido con la vociferante turbamulta de trabajadores que se apelotonaban en la entrada de la sala de aseos, Starman pudo ganar unos cuantos metros de terreno y lograr, al fin, un puesto bajo una de las duchas. Las cabinas eran individuales, con un pequeño colgador para la ropa y el joven dejó allí sus ropas, dando inmediatamente media vuelta a la llave del agua.

Apenas lo había hecho, soltó un respingo, echándose a un lado al mismo tiempo que maldecía de la elevada temperatura del agua. Esto no era lo que él quería, por lo que buscó la llave del agua fría, cerrando el paso de la caliente.

El helado chorro que caía sobre su cuerpo le tonificó notablemente, aliviándole en buena parte del cansancio de su primera jornada de trabajo en la planta de producción de carne sintética. En el intervalo para la comida no había podido asearse, debido a la gran aglomeración de gente, por lo cual se había tenido que limitar a comer sin quitarse de encima la suciedad acumulada durante las horas de faena, suciedad que, por estar aseptizada, no influía para nada en las condiciones de alimentación de la masa de carne, la cual digería el sudor humano sin otras consecuencias. El pensamiento de esto revolvió el estómago a Starman, el cual hubo de necesitar de todas sus fuerzas para conservar el adecuado equilibrio fisiológico de dicha víscera.

Terminado de ducharse, se colocó bajo el chorro de aire caliente que lo secó en contados minutos. Se vistió y salió de allí.

Nadie iba vestido de otra manera, ni tampoco calzado. El suelo del edificio estaba inmaculado y, aunque relativamente duro, poseía, sin embargo, la suficiente blandura para no lastimar las plantas de los pies. Con cierta tranquilidad, caminó sin prisas hacia el cercano comedor.

Unos minutos más tarde, el tañido de una campana anunció la hora de la comida. En aullante tropel, los operarios invadieron el local, de enormes dimensiones, situado asimismo bajo una cúpula transparente, aunque en ésta reinaba una relativa frescura, más agradable por la inevitable comparación que surgía con la agobiante atmósfera de los domos de producción cárnica.

A la entrada le fue entregada una bandeja con utensilios. Starman la tomó y se colocó en una de las largas colas que había frente a varias amplias troneras por donde se servían los alimentos.

El joven miró con aprensión la escudilla donde le habían servido una espesa pasta verdosa, hecha, sin duda, a base de algas. Otro plato contenía un enorme filete de carne, que en cualquier otro lugar hubiera tenido un apetitoso aspecto, pero que allí sacudía el estómago; y dos pasteles de indefinible aspecto y rara contextura, además de un pote con un líquido caliente que despedía un vago aroma a café, completaban la comida.

Con su bandeja en la mano, se fue hacia una de las largas mesas, ante la que se sentó. Tomó la cuchara y extrajo una porción de la pasta, deteniéndola en alto, como si quisiera estudiar a conciencia su composición.

Una fuerte palmada en el hombro estuvo a punto de quitarle la cuchara de la mano. Detrás de él bramó la voz de Korrit.

—¡Vamos, hombre, tómala! No es tan mala como parece... aunque también es verdad que podía ser mejor.

El hércules se sentó a su lado y, sin más ceremonia, empezó a despachar su sopa, haciendo un enorme ruido con la boca. Starman, al fin, cerró los ojos y deglutió su primera cucharada.

Tal como había dicho el gigante, aquello no sabía tan mal. Un gusto mixto de verdura y pescado era el predominante en la pasta y pese a que consideraciones de todo género le indicaban que debía alimentarse, no pudo acabar por completo el contenido de la escudilla.

Ni tampoco probó la carne. Korrit, sin una palabra, se la arrebató del plato, zampándosela en dos bocados. Rió, guturalmente, con la boca llena de carne.

—Tendrás que dejar de lado todos esos repulgos, muchacho —dijo—, si quieres sobrevivir. No puedes enfermar porque estás aseptizado de continuo, pero tampoco te permiten que desfallezcas, porque entonces te alimentan a la fuerza. Y no es nada grato comer de la forma en que te obligan a hacerlo ellos.

Siguiendo su consejo, Starman despachó los pasteles, acompañándolos con el brebaje, hallando insípidos a unos y a otros, aunque, a juzgar por el peso que provocaron en su estómago, lo supuso, acertadamente, debían poseer un alto valor alimenticio. Al terminar se sintió mejor y lamentó, como única falta de la comida, no poder fumar un cigarrillo.

—Ni hablar del tabaco —le contestó Korrit a su pregunta—. Te costaría un disgusto de los gordos si supieran que has entrado cigarrillos de matute.

Aquello molestó enormemente al joven.

—Por lo visto —refunfuñó—, aquí, salvo comer, beber y dormir, no tenemos ningún otro derecho.

—Alimentarte y descansar no es ningún derecho —masculló Korrit—, sino un deber; entiéndelo bien. La cosa puede parecer extraña, pero es bien distinta.

—Ahora empiezo a comprender muchas cosas —dijo Starman.

—¿Por ejemplo?

La campana sonó de nuevo y los dos se levantaron.

—El descontento que reina en la Galaxia. Si todas las clases inferiores son tratadas de la misma forma que nosotros, no me extraña que la gente esté la

mar de satisfecha por la muerte del Atamán.

—Es lo mejor que ha pasado de treinta años a esta parte —dijo Korrit, eructando salvajemente. El estómago de Starman protestó airadamente, pero su dueño pudo contenerlo con oportunidad.

—Pero, por ahora, las cosas siguen lo mismo —dijo.

—Todavía no han pasado dos semanas desde que murió. Ya veremos lo que ocurre dentro de otras dos.

—¿Sí? ¿Qué opinas tú que puede pasar, Korrit?

El gigante se volvió hacia Starman, mirándolo con curiosa expresión.

—Haces demasiadas preguntas, amigo, y esto me escama. ¿De dónde diablos sales tú que no sabes cómo viven?

Starman se detuvo, quedando frente a Korrit. Vaciló en la respuesta, pero, imprevistamente, algo le relevó de darla.

En tanto dialogaban, habían salido del comedor, accediendo a uno de los patios que conducían a los dormitorios. Un griterío furioso acababa de estallar, oyéndose a través de él voces que renegaban e imprecaban a voz en cuello.

—¿Qué ocurre? —preguntó el joven.

Korrit frunció el ceño.

—No lo sé. ¡Vamos a verlo!

Corrieron hacia el lugar de donde partían los gritos, en el que se arremolinaba el gentío en torno a algo que, desde fuera, no podía percibirse.

Las poderosas manos de Korrit, actuando a modo de palas, apartaban a los hombres como si fueran simples plumas. Starman le siguió, aprovechando el hueco que dejaba, y pronto los dos se hallaron en primera fila.

Dos hombres, enzarzados en una furiosa lucha, se golpeaban ferozmente, sin que nadie hiciera el menor gesto por separarlos. Los espectadores de primera fila jaleaban a los combatientes, cuyo ardor no parecía disminuir a pesar de los golpes que se propinaban mutuamente. Starman dio un paso hacia adelante, intentando evitar la pelea, pero la poderosa zarpa del gigante detuvo su ademán.

—¡Déjalos! ¿Es que no vamos a poder divertirnos un poco, diablos?

—¿Por qué se pelean? —preguntó el joven.

Uno de los operarios que tenía a su derecha le contestó:

—¿Por qué va a ser? —dijo con hastiado acento—. Por ese maldito Atamán de infausta memoria. El uno dijo que sí y el otro que no... ¡y se armó!

La mirada de Starman recayó de nuevo sobre los luchadores. Uno de ellos había sobrepasado ampliamente la cincuentena, a pesar de lo cual se mantenía en relativa forma, devolviendo golpe por golpe.

Pero era evidente que, al final, la edad acabaría por imponerse. Treinta y cinco años eran mucha diferencia y el otro lidiador, cuyo imberbe rostro delataba claramente la cortedad de su existencia, tenía mucho más fuelle que el otro. Al final, alcanzó a su contrincante con un fenomenal derechazo a la

mandíbula que lo derribó, piernas en alto, por el suelo.

El más joven quiso arrojarse sobre su rival, dispuesto a patearle el rostro. Pero esto le pareció ya demasiado al joven.

Sin poderse contener, antes de que Korrit pudiera impedirle su acción, saltó al centro del círculo y sujetó por un brazo al muchacho.

—¡Quieto ahí! ¡Esa no es una forma noble de luchar!

—Para quienes hablan mal del Atamán, es la única manera de tratarlos —gruñó el muchacho, intentando, a pesar de todo, patear al caído.

En el primer momento, Starman se quedó muy asombrado. Había esperado que fuera el viejo el defensor de Mowry, aunque no sabía exactamente en qué basar su hipótesis, pero en lugar de ello, era el joven el que había resultado ser el defensor de su padre.

Esto no obstante, Starman no podía consentir que se golpeara arteramente a un hombre que yacía indefenso en el suelo, incapaz de reaccionar, atontado por el puñetazo recibido en el mentón. El muchacho aprovechó sus vacilaciones para golpearle, haciéndole retroceder un par de pasos, con los brazos abiertos, buscando un equilibrio que estuvo a punto de perder por muy poco.

La sangre le hirvió en el pecho de Starman, quien, sin poderse contener, saltó hacia adelante. El muchacho se aprestó a la defensa, pero él la demolió con un par de golpes bien dirigidos que derribaron a su contrincante por tierra.

En aquel momento, un rugido unánime brotó de todas las bocas. A los esclavos les importaba bien poco que se hablara del Atamán en cualquier sentido, aunque generalmente todos lo detestaban. Pero allí, lo único cierto que había era que la inesperada actitud del joven les había evitado un espectáculo con el cual contaban divertirse en sumo grado.

Un turbión de gesticulantes puños se alzó hacia él. Algunos de los más exaltados intentaron pasar a vías de hecho y Starman se aprestó a la defensa.

Bruscamente, un hombre saltó al centro del corro, justamente cuando ya algunos de los más irritados caían sobre el joven. Korrit lanzó un espantoso bramido que dominó por un instante el tumulto.

—¡A ver quién es el guapo que quiere probar el sabor de mis puños! —y en el mismo instante, alargando su mano, atrapó a un hombre.

Lo levantó sobre su cabeza, manteniéndolo así un instante. El individuo chilló, despavorido, pero Korrit lo alejó de sí con terrible impulso, lanzándolo sobre un grupo de levantiscos y derribándolos a todos como si fueran piezas de dominó.

Mientras tanto, Starman se había colocado con las piernas abiertas, de modo que pudiera proteger al caído de posibles pisotones. Recibió un golpe en un hombro que le hizo tambalearse, pero inmediatamente lo devolvió, percibiendo con insana satisfacción el crujido de los huesos de una mandíbula.

El estridente chirrido de unos pitos sonó bruscamente por encima de aquella infernal algarabía. La espesura de la muchedumbre se aclaró bruscamente. Los obreros se dispersaron corriendo en todas direcciones,

espantados por los feroces latigazos que, sin discriminación alguna, repartían los guardadores del orden de la planta de alimentación.

La cosa ocurrió tan bruscamente que, cuando Starman y Korrit quisieron darse cuenta, ya todo había terminado. Un puñado de sicarios les envolvió y con él a los dos combatientes, amén de algún operario que no había andado lo suficientemente listo para escapar a las iras de los guardias.

A golpes, el viejo y el muchacho fueron obligados a incorporarse, quedando como Korrit, Starman y un par de individuos más, en el centro de un férreo círculo de rostros que les miraban con muy poca simpatía.

Un hombre, con insignias de plata en su uniforme violeta, avanzó un paso.

—¿Qué ha ocurrido aquí? ¿Quién ha tenido la culpa de todo esto?

—Pues, verás, teniente —sonrió Korrit—. Aquí, esta pareja, se estaba peleando, no sé por qué causas, y mi amigo —la mano del gigante señaló hacia Starman—, quiso separarlos. La cosa se enredó, porque ya se sabe cómo comienza, pero no cómo acaba y...

—¡Basta ya! —rugió el oficial—. Yo sé cómo acaba eso que vosotros habéis empezado —se volvió hacia sus hombres y ordenó—: ¡Lleváoslos al calabozo! Mañana serán juzgados y haremos que les quiten las ganas de revuelta para lo sucesivo.

Sin miramiento de ninguna clase, los guardias empujaron a los cautivos hacia adelante, amenazándolos con sus poderosos látigos, capaces de derribar a un hombre de un solo golpe. Ni aun Korrit, con toda la potencia de su colosal estatura, se atrevió a intentar la menor resistencia.

En pocos momentos, los seis hombres estuvieron en el fondo de un sótano, brillantemente iluminado y encerrados en una amplia celda, con dos literas triples, una a cada lado de la misma.

Korrit soltó un bufido al verse al otro lado de los barrotes.

—¡Buena la has hecho con meterte donde no te llamaban! —increpó al joven—: ¿Qué rayos te importaba a ti que este mocoso patease o no la cara al viejales?

El último de los mencionados protestó:

—Me parece que hablas demasiado, Goliath de pacotilla. Estoy seguro de que nadie te ha dado hasta ahora la lección que mereces, ¿verdad?

Korrit avanzó un par de pasos hacia el individuo.

—¿Vas a ser tú? —dijo sarcásticamente—. Apártate a un lado; no sea que el aire que despido al hablar te derribe por tierra.

Starman se decidió a intervenir.

—Mejor haríais deponiendo vuestras diferencias. O haríamos, mejor dicho. Continuando la discusión, no haremos sino agravar la situación en que nos hallamos.

—Tienes mucha razón, joven —dijo el individuo de mediana edad, el cual, visto de cerca, no parecía tan viejo—. Me llamo Qusan. Gracias por lo que hiciste conmigo.

—Igualmente lo hubiera, hecho por otro —contestó Starman, dando su

nombre. A continuación, miró al muchacho y le preguntó—: Y tú, ¿cómo te llamas?

El aludido le hizo una mueca de burla.

—¡Adivínalo! —dijo.

—Seguro que nunca te han dado un cachete donde te duela, ¿verdad?

—Tú no, desde luego. De todas formas —se rió desaforadamente—, si tanto te interesa saber mi nombre, te diré que es Ralb. ¿Qué... dormirás ahora más tranquilo?

—Posiblemente —contestó Starman, mirando pensativamente a Ralb, en cuyo rostro le parecía ver unas facciones remotamente conocidas, sin que pudiera afirmar con rotundidad dónde las había visto antes. Luego dijo—: Así que tú eres el hombre que defendía al Atamán. ¿Por qué? Todos le detestaban y muchos siguen odiando su memoria, aun después de muerto.

—Acaso porque me divierte llevar la contraria a la gente —rió Ralb, sentándose de un ágil salto en la litera superior y balanceando con negligencia sus largas piernas.

Starman lo miró con suspicacia. Luego desvió su vista hacia Qusan.

—En cambio, tú, parecías como si tuvieras que saldar una cuenta pendiente con Mowry, Qusan.

—Posiblemente —repuso éste con cierta sequedad—. Fue un tipo funesto y no hay que esperar que su sucesor sepa mejorar las cosas.

—¿Tan pesimista te sientes? —preguntó Starman, sorprendido.

—Tengo la experiencia suficiente para poder asegurarlo. Si no estalla una guerra civil entre los pueblos de la Galaxia, ya podemos irnos convenciendo de que el nuevo Atamán, por lo menos, obrará de forma tan rígida como Mowry.

—Mejor que preocuparnos por una cosa que todavía ignoramos, debiéramos hacerlo por lo que nos ocurrirá mañana —dijo de pronto el mozalbete.

Korrit lanzó un sonoro bufido.

—Nada bueno, con seguridad. La menor infracción de los reglamentos es castigada severísimamente. Las plantas de alimentación son consideradas objetivos de supremo interés para la Galaxia, y cualquier alteración en ellas, entraña consigo terribles sanciones.

—¿Por ejemplo...? —preguntó Starman.

Korrit se encogió de hombros.

—Pueden degradarte, enviándote a los campos de obtención de algas, que te hacen soñar con los felices días en que te pasabas cortando tajos de carne. O a las minas de materiales escindidles o... cualquier cosa, porque muchas veces depende del capricho del juez.

—Sí que pintas el panorama con bonitos colores —comentó Starman con sarcasmo.

Korrit explicó:

—Y cualquier cosa de las que acabo de decir es siempre preferible a que te

entreguen a los imperiales. Hay que ver las cosas que saben inventar estos tipos con tal de divertirse.

—Total —murmuró con desánimo el joven, dejándose caer en una de las literas inferiores—; que la muerte de Mowry no ha reportado ningún bien a la Galaxia.

—Reduce un poco ese volumen de gente —rió el jovenzuelo—. Déjalo en nosotros seis, ¡que ya es bastante!

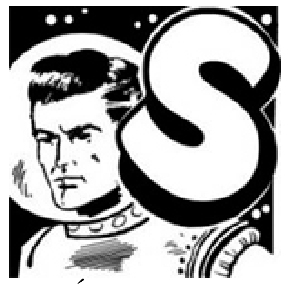
La noche pasó con relativa tranquilidad, sin que nada, excepto el rítmico sonido de los pasos del centinela, recorriendo infatigable el corredor, turbara su sueño.

A la mañana siguiente, les sirvieron un somero desayuno, consistente en un pote de café y un par de pasteles, tras de lo cual los condujeron a la sala de audiencias.

El juez no perdió mucho tiempo en dictar su sentencia. Después de escuchado el relato de los hechos, oídos igualmente los acusados, emitió su veredicto.

Cuando terminó, la frente de los seis acusados estaba cubierta de sudor. Pero todos tenían la frente helada. Y, era natural, porque la sentencia, en cierto modo, aunque no era de muerte, los condenaba a una segura al enviarlos a Europa, a la planta extractora de algas número uno.

CAPÍTULO VI



ARCÁSTICA risa rompió el silencio del calabozo herméticamente cerrado donde se hallaban los seis condenados, con quienes no se había perdido mucho tiempo en enviarlos a su siniestro destino.

—¿De qué te ríes? —preguntó Starman, volviendo ligeramente la cabeza hacia el mozalbete.

—De mí... y del humorismo del juez que nos condenó.

—Yo no le veo la gracia por ninguna parte —refunfuñó otro de los condenados, llamado Zefal.

—Precisamente, me río por eso —contestó Ralb—. En algo tengo que distraerme, ¿no?

—Ya lo harás cuando estés en los campos de algas —masculló el gigante.

Tumbado en su litera, Qusan permanecía silencioso.

—Ese es un trato que solo se infiere a los peores criminales. ¿Por qué razón nos han de llevar a nosotros allí? —dijo Zefal.

—Pregúntaselo al juez. Seguramente, le dolía el estómago aquella mañana.

—¿Tanto miedo os da un campo de algas? —preguntó Starman—. No creo que sea mucho peor que andar tajando carne a todas horas. Yo no hice más que una jornada y quedé más que harto, podéis creerme.

—Allí también te divertirás —aseveró Ralb—. Y mucho... si andas listo y eres ágil.

—¿Por qué lo dices?

—En primer lugar, las algas de la planta número uno son carnívoras. Esto quiere decir que, en cuanto se descuida uno, ¡plaf!, ya ha caído en sus tentáculos y está siendo digerido, lo cual, como no es muy rápido que digamos, concede el tiempo suficiente para que uno pueda reflexionar en abundancia acerca de lo asquerosa que es esta vida.

»Después —continuó Ralb imperturbable—, si tienes el ojo vivo y los pies ágiles, está la radioactividad. Esas algas son radioactivas y pasarse un día o un mes allí, apenas tiene importancia. Pero el que sobrevive a su voracidad, acaba sucumbiendo, envenenado por las emanaciones radioactivas que despiden esas algas, de modo que antes del año estás ya convertido en una sombra. Y como entonces has perdido la agilidad, un buen día te encuentras dulcemente acunado por una docena o más de tentáculos que te van sorbiendo

el poco jugo que aún te queda.

»Y si a todo esto añadimos que los campos de algas están situados en una zona eminentemente pantanosa, con todos los atractivos que esto comporta, puedes concluir de formarte una ligera idea de lo que te aguarda.

—Habrá quizá algún medio de evasión —sugirió Starman.

Ralb meneó la cabeza.

—La planta está rodeada, primero, por una intraspasable valla de alambre electrificado, construida de tal manera que es imposible de salvar. Y segundo, las patrullas de guardias pululan continuamente en torno a ella, acompañados por sus sabuesos, los temibles canes bicéfalos, capaces de destrozar a una persona con un par de certeras dentelladas.

—¿Y cómo se las arreglan para recoger las algas?

—Hay un espacio reservado para ello —siguió el jovenzuelo—. Operarios revestidos con trajes antirradioactivos cargan en las cadenas de transporte los manojos de algas que nosotros hemos de arrancar, de donde son conducidas a las plantas de descontaminación y transformación en alimentos asimilables.

—¡Bonito panorama, a fe! —masculló Starman.

Ralb volvió a reír.

—Puedo asegurarte que no tendrás tiempo de aburrirte. Serán los días más deliciosos de tu vida, te lo aseguro.

El joven no contestó. Tumbándose de espaldas en su litera, apoyó la nuca en las manos. Su mente voló ahora hacia Anténope, como si quisiera averiguar lo que en aquellos momentos podía estar haciendo la joven. Seguramente, ella habría sido la primera en sorprenderse del inesperado castigo de Starman, pero, cuando se había enterado, sin duda alguna, era ya demasiado tarde.

El joven confiaba en Anténope. ¿Podría hacer algo por él? Cierta esperanza anidaba en su corazón, mas, a medida que la astronave que los conducía a Europa acortaba las distancias, aquella esperanza se iba reduciendo más y más.

No había el menor orificio en la cámara a través del cual poder escudriñar el panorama que les rodeaba. Tampoco les habían dicho el tiempo que iban a tardar en llegar, por lo que ignoraban si se trataría de días, semanas o meses, aunque esto último era improbable. El único medio de que disponían allí para efectuar la medición del tiempo eran las horas de las comidas que, por el momento, no podían ser mejores ni más abundantes.

—Es el engorde antes de la matanza —había gruñido Korrit al serles servida la última comida. Y, a juzgar por el tiempo transcurrido, la siguiente no podía hacerse esperar mucho.

Bruscamente, la puerta se abrió y un par de imperiales, fuertemente armados, aparecieron en el umbral, escoltando a un hombre portador de un carrito metálico, lleno de platos y cubiertos.

Los condenados se acercaron a tomar sus respectivas raciones. Bajo la severa mirada de los guardias, las consumieron en el acto, tras de lo cual, el

carrito desapareció y la puerta continuó cerrada

Unos diez días más tarde, tiempo que calcularon por el cómputo de comidas que les habían servido, y sin que hubiera ocurrido incidente alguno de particular, llegaron a su punto de destino.

En el astropuerto fueron metidos directamente en un coche blindado, bajo fuerte custodia, y de allí transportados a la planta transformadora de algas, a la cual llegaron varias horas más tarde.

La puerta del coche se abrió y un esbirro les ordenó bajar.

Los seis cautivos lo hicieron, estremecidos de frío. La temperatura había cambiado notablemente y, sin que fuera precisamente polar, no tenía nada de agradable.

Era un panorama desolador el que tenían ante sí. Una vasta llanura, cuyo fin no alcanzaba la vista, se extendía ante ellos, al otro lado de la sólida barricada de alambres electrificados, de diez metros de altura por al menos otros tanto de anchura, y en la cual se veía un paso para poder cruzarla cuando los guardias que estaban al cuidado de la entrada lo permitiesen.

El cielo era constantemente gris, flotando en él espesas nubes que se movían perezosamente a influjos de golpes de viento racheados, que azotaban los rostros de los condenados con sus fríos aletazos. Un olor nuevo, completamente «sui generis», hirió la pituitaria de Starman, haciéndole arrugar la nariz instintivamente. Más, allá de la barrera, distinguió un mísero grupo de barracones, aparentemente vacíos en aquel momento, y al lado de los mismos, los edificios de control y manejo de las cintas de transporte, cuyo origen se perdía en el horizonte y que circulaban incesantemente portadoras de su verdosa carga, hecha en grandes fajos sujetos con las mismas algas.

Un pelotón de hombres armados, todos ellos ocultos bajo las espesas máscaras antirradiaoctivas, salió al encuentro del vehículo. Los guardias que les habían llevado tenían prisa por alejarse de aquel sombrío lugar y en pocos minutos quedaron concluidas las formalidades de entrega.

Cuando el camión blindado se hubo alejado, y los condenados hubieron traspasado el umbral de la entrada, Starman sintió que todo contacto entre ellos y el mundo exterior acababa de ser cortado.

Los guardias los condujeron a un barracón en donde fueron encerrados sin más ceremonias y en el cual permanecieron hasta que les llegó la hora de la cena. Ésta era también abundante, aunque peor condimentada que a bordo de la astronave, pero el cuerpo se impuso y todos acabaron por despacharla con apetito.

Después de haber cenado, se acostaron. A Starman le pareció que no había hecho más que poner la cabeza sobre la almohada cuando ya sonaba el chirriante pito de los guardias, llamándoles al trabajo.

Desayunaron rápidamente y después, a una indicación de sus custodios, salieron fuera, colocándose los seis condenados en fila.

Un hombre, vestido con el traje aislante, se colocó frente a ellos. Hablaba a través de un pequeño emisor, cuyo megáfono aparecía suspendido sobre su

pecho. El esbirro, en tanto les daba instrucciones, tenía la mano significativamente apoyada sobre la cadera derecha, en la cual se veía la culata de una poderosa pistola destructora.

—Es necesario que sepáis cuál es vuestra labor, aunque, por otra parte, no puede ser más sencilla. Se limita a cortar las algas, hacer un manojo con ellas y luego atarlas con una de las mismas, arrojándolas después a las cadenas de transporte. Esto no tendría nada de particular, si no fuera porque las algas son carnívoras y, salvo el metal, digieren cualquier cosa hecha con materiales orgánicos.

»Como las algas nacen en lugares pantanosos donde, a veces, el agua os llegará al cuello, se os va a proveer de los ropajes adecuados. Son de goma y si pensáis que esto puede salvaros de ser digeridos por un alga, si sois tan tontos de dejaros atrapar por ella, estáis muy equivocados. El caucho es natural y, por lo tanto, una substancia orgánica, capaz de ser digerida, lógicamente, por el alga. Tened los ojos bien abiertos y manejad los machetes con habilidad. Cuanto más hábiles seáis, más tiempo viviréis.

—Total, para luego morir podridos por la radioactividad, ¿no es eso? —resopló despectivamente Korrit.

El esbirro le arrojó una mirada oblicua.

Dijo despectivamente:

—Eso ya no es cuenta mía, sino del juez que os condenó. ¡Basta ya de charla; a trabajar!

El guardia dio una orden y un hombre se acercó con un brazado de machetes en las manos, que arrojó al suelo delante de los condenados. Starman se inclinó, tomando el suyo, hallando que era un cuchillo muy afilado, como de un metro de longitud, bastante pesado y relativamente fácil de manejar, una vez habituado a su empuñadura, corta y con una pequeña cruz para facilitar la tarea. Lo sopesó especulativamente, pero no tuvo tiempo para más, porque una pareja de guardias les ordenó ponerse en marcha.

Un poco más allá, se detuvieron ante un barracón en donde les fueron entregados sendos trajes impermeables de caucho, que les llegaban hasta el cuello. Las manos sobresalían de las mangas, las cuales, en las muñecas, estaban ajustadas de modo que no pudiera entrar líquido alguno. Pero todo el resto del traje era de una sola pieza y absolutamente impermeable.

Después, se encaminaron hacia el lugar donde debían comenzar a trabajar, siempre escoltados por la pareja de guardias.

A medida que caminaban, el terreno se volvía más y más pesado, dificultando la marcha. Cada vez que hundían el pie en el suelo, un charco de agua negruzca y maloliente surgía bajo ellos. El silencio era absoluto y, salvo tenues e intermitentes silbidos del viento, que les hacían estremecerse instintivamente, no se oía nada más.

Una hora más tarde llegaron al borde de un terreno donde, sin necesidad de que nadie se lo dijera, supieron que estaban frente a las siniestras algas.

Una capa de agua obscura, de la cual se elevaban de tanto en tanto opacas

burbujas, que estallaban con sordo ruido, era el lugar donde las algas nacían, en grandes manojos, de a veces cinco y seis metros de longitud. Los filamentos de las algas, de diez y veinte centímetros de ancho en su base, se agitaban nerviosamente, sacudidos por estremecimientos causados por la vida que había en ellos, pareciendo como si buscasen una presa con la cual saciar su apetito.

Aquí y allá, por todas partes, se veían puntitos negros que indicaban otros tantos forzados, ejecutando la penosa tarea de cortar las algas. Varias cadenas de transporte salían del centro del inmenso pantano, cuyas dimensiones no parecían tener límite, y en todas ellas se veían enormes montones de aquellas cintas de color verde obscuro, que desaparecían en lontananza, a sus espaldas.

—¡Vamos, vamos! —les increpó uno de los guardias.

Starman sacudió la cabeza y, afirmando el machete en su mano, avanzó, tanteando cautelosamente el suelo, que estando oculto bajo la capa acuática, no podía percibirse.

A su lado avanzó Ralb. El muchacho estaba impresionado, y se mordía los labios para no gritar. Su rostro aparecía lívido, mas era evidente que no carecía de cierto valor, puesto que en ningún momento pudo ver Starman en él cualquier gesto que implicara una demanda de socorro.

—¡Las algas son peligrosas, pero una vez cortadas ya no hacen daño! —les advirtió uno de los guardias—. ¡Procurad cogerlas por la punta y así impediréis que os atrapen!

Starman asintió mecánicamente, los ojos fijos en una enorme planta situada a media docena de metros de distancia, compuesta por un centenar al menos de filamentos, todos de monstruoso tamaño y dispuestos en corola alrededor del tallo del que nacían y que se hallaba oculto bajo la capa acuática. Muy cerca de él pasaba una cadena de transporte, llevando montones de filamentos atados.

Avanzó hacia la planta. Se estremeció al pensar en lo que podía ocurrirle si caía en sus voraces tentáculos que, carentes de ventosas de succión, se advertían, sin embargo, brillantes por una de sus caras. «Una secreción gomosa», pensó, y, sin dudarlo más, alargó la mano.

Atrapó la punta de uno de los filamentos, sintiéndolo retorcerse al instante, como una cosa viva que tratara a la vez de huir y atacarle. Con un rápido tajo cortó el vegetal y al momento la cosa cesó de moverse.

Rodeado por sus compañeros, alguno de los cuales, Korrit y Ralb no hacían otra cosa que gruñir y emitir sarcásticos comentarios, Starman trabajó ahincadamente, buscando, quizá instintivamente, sumirse en el olvido de los problemas que atenazaban su cerebro, mediante el continuo ejercicio.

Varios días pasaron, sin cambio aparente en su situación. Todo se deslizaba igual, monótono, salvo las incesantes acechanzas de las algas que, en ocasiones, parecían seres con inteligencia, dotados de ojos para ver y capaces de adivinar sus movimientos.

En una ocasión, hubo de intervenir con presteza para salvar la vida de uno

de sus compañeros.

Ralb se había aventurado demasiado cerca de una enorme planta cuya anchura en la base era al menos de diez metros y, de pronto, un larguísimo tentáculo se disparó, enrollándose en torno a su cintura y arrastrándolo hacia el centro de la maligna planta.

Ralb gritó sin poderse contener. En vano fue que tratara de cortar el tentáculo que le había aprisionado; porque dos más partieron con fulmínea celeridad, atrapándole los brazos e impidiéndole el menor movimiento de los mismos. Los gritos del jovenzuelo se multiplicaron.

Starman se dio cuenta rápidamente de lo que sucedía y corrió hacía allí. Pero su avance fue forzosamente lento, porque se hallaban sumergidos en el agua hasta la mitad del cuerpo y ello hacia muy penoso el avance, aparte de que los pies se hundían en el légamo del fondo hasta más arriba de los tobillos.

Un filamento saltó hacia él, como disparado por una ballesta. Starman esquivó el ataque, ladeando el cuerpo y moviendo luego la mano con fulmíneo gesto. El filamento voló por los aires, limpiamente cortado.

Pero más cintas de aquella rodeaban ya a Ralb, cuyos esfuerzos eran cada vez más débiles. El machete se le había caído de las manos y, aun sumergido a medias en el agua del pantano, estaba siendo irremisiblemente arrastrado hacia el centro de la fabulosa planta.

Al mismo tiempo que se aproximaba a ella, Starman gritó, tratando de llamar la atención de sus compañeros. Blandió el machete con furia, haciendo volar por los aires repugnantes fragmentos de aquellas cintas.

Bruscamente, la cabeza de Ralb se dobló sobre el pecho. En aquellos momentos carecía de todo poder de reacción y Starman empezó a temer por la inutilidad de sus acciones.

Sin embargo, continuó batallando.

Pero la situación cambió de modo brusco cuando un nuevo personaje, de modo inesperado, entró en escena. Qusan, moviendo su machete con habilidad, empezó a segar filamentos, liberando poco a poco al infortunado muchachuelo de los tentáculos que le aprisionaban.

Starman percibió vagamente el terrible efecto que las algas habían empezado a producir ya sobre el traje de caucho, el cual aparecía en algunos sitios ya casi corroído. Unos minutos más tarde, y las carnes de Ralb habrían sido devoradas por la insaciable voracidad de la planta.

Los esfuerzos mancomunados de Qusan, Starman y Zefal, que se había unido a ellos, dieron como resultado la liberación del muchacho. Qusan lo tomó en sus brazos, anticipándose al gesto del joven.

—Yo lo atenderé —dijo, alejándose después con el todavía inconsciente Ralb a cuestas hacia un lugar más seguro.

A la noche, en la barraca que había sido destinada para el uso de los seis condenados, se efectuaron diferentes comentarios acerca del suceso. Ralb, aún pálido, parecía hallarse afectado todavía por lo que había ocurrido, aunque era

evidente que se recuperaba por momentos.

De improviso, la puerta del barracón se abrió y dos guardias penetraron en él, llevando algo que dejaron en un rincón de la única sala del edificio. Los condenados reconocieron con asombro una pantalla de televisión y uno de los guardias se lo aclaró.

—Para lo que vais a durar aquí —dijo con despiadado sarcasmo—, por lo menos que lo paséis divertido —tras de lo cual, el esbirro cerró la puerta y se alejó.

Los condenados se miraron unos a otros, extrañados por aquel inesperado obsequio. Pero Korrit, reaccionando, lo puso en funcionamiento, al mismo tiempo que decía:

—Esos tipos tienen razón, muchachos. Vamos a ver qué ponen aquí que pueda servirnos de distracción.

Inmediatamente la pantalla se iluminó. Un locutor, de voz y aspecto impersonal, anunció la actuación de una famosa actriz de teatrovisión, la cual iba, según dijo, a representar un fragmento de una no menos célebre obra, a modo de propaganda antes de su estreno.

El locutor desapareció, siendo substituido al momento por el rostro de una bellísima mujer, que sonreía a todos encantadoramente desde la pantalla. La actriz empezó a recitar su papel, pero Starman no oyó las palabras, totalmente estupefacto a causa de lo que sus ojos estaban viendo.

—¡Anténope!

El grito se le escapó sin poderse contener, sacudiendo fuertemente a sus compañeros de cautiverio. Y entonces, Anténope, de modo sorprendente, dijo con voz sonora, clara, rotunda:

—¡Dispara, Starman! ¡La hora es llegada!

CAPÍTULO VII



OS compañeros de Starman, quedaron tan atónitos como éste al ver la apelación que se le dirigía a través de la pantalla televisora. Pero casi inmediatamente, la imagen de Anténope fue substituida por la de un locutor de ceño duro y airada expresión, evidentemente no profesional, el cual, con voz seca, anunció:

—Lo que acabáis de oír, estimados televidentes, ha sido producto de un negligente error de los servicios técnicos de la emisora. Os rogamos perdón a todos y, asimismo os suplicamos escuchéis con atención las palabras que alguien, acto seguido, os va a dirigir.

«El Secretario de Asuntos Internos de la Galaxia quiere hablaros. Escuchadle con atención.»

Casi no había habido solución de continuidad entre la aparición de Anténope y el locutor que había corregido aquélla, por lo que, Korrit y los demás convictos no pudieron hacer a Starman las preguntas que a todos se les apelotonaban en la boca. Inmediatamente de haber hablado el locutor, la imagen varió, siendo substituida por la del personaje anunciado.

El Secretario de Asuntos Galácticos, Hendos, era un hombre voluminoso, casi de una perfecta esfericidad, la cual aparecía notablemente disimulada por el hecho de que en la pantalla sólo se le veía el busto. Pero su cabeza también era redonda, aspecto al cual contribuía poderosamente el hecho de que llevase el cráneo completamente afeitado. Aparentemente, parecía buena persona, pero los duros chispazos que partían de sus diminutos ojillos, casi enteramente sepultados bajo la capa de células adiposas de su epidermis, desmentían rápidamente aquella primera impresión.

—Ciudadanos de la Galaxia —dijo con voz átona, impersonal—, un complot contra la seguridad del Imperio se está fraguando en estos momentos.

»Ha muerto, como sabéis, Mowry, nuestro atamán, el hombre que consiguió aglutinar en uno solo todos los pueblos de la Galaxia, sin distinción de orígenes ni morfología. Antes había cien Estados, desde la simple provincia planetaria hasta el Estado-Sistema, constituyendo un conjunto de gobiernos casi individuales que retrasaban considerablemente el progreso político de la Galaxia. Mowry supo luchar con éxito contra estos atrasados sistemas de gobierno, uniéndolos en uno solo: el Imperio. Un Estado-Galaxia,

fuerte, poderoso, respetado y temido por todos cuantos no pertenecen al mismo, este es nuestro Imperio.

»Hay, por lo visto, levantiscos, descontentos e inadaptados, a quienes no agrada tal forma de Gobierno. Prefieren vivir a la antigua, con todos los defectos que este régimen implica: luchas y rivalidades entre estados cada vez más diminutos y próximos a la atomización, que fácilmente pueden convertirse en sencillas presas para los gobiernos de otras Galaxias.

»Esto es lo que tratamos de evitar. No podemos consentir que la obra del gran Mowry se deshaga. Mowry murió asesinado, todavía joven, sin que hubiera tenido tiempo de designar su sucesor. Y ahora, esta tarea nos compete a nosotros. Hemos de buscar un hombre que encabece el Imperio y sea capaz de regirlo, dura pero paternalmente, sin extremos viciosos en uno u otro sentido. Pero, mientras tanto llega el hombre que ha de ocupar el puesto del desaparecido Atamán, hemos de procurar mantener el orden y la ley establecidos anteriormente. Cualquier subversión de la legalidad actualmente establecida puede acarrearnos gravísimos perjuicios, por lo que no cabe la menor duda de que yo, como substituto provisional del Atamán, estoy dispuesto a corregirla inmediatamente, con todos los medios al alcance.

«Ciudadanos de la Galaxia, una vez más os recomiendo paz y tranquilidad. Que cada uno continúe en su puesto, sin hacer caso de las insidiosas voces de agentes que sólo tratan de perturbar nuestra paz, con fáciles palabras que sólo encierran promesas que jamás podrán ser cumplidas. Denunciad a estos perturbadores. ¡La paz de la Galaxia contra ellos! Éste es nuestro lema y estoy seguro de que todos vosotros sabréis comprender al lado de qué bando debéis actuar.»

La imagen de Hendos se esfumó tras el breve discurso y durante unos segundos el más absoluto silencio reinó en el barracón. Pero, después, Korrit lo rompió, dirigiéndose al joven:

—Starman, esa chica te llamó a ti. Te dijo que la hora había llegado. ¿A qué se refería?

—Hendos acaba de decirlo —contestó Starman, poniéndose lentamente en pie—. Es la hora de luchar.

—Pero luchar ¿contra quién, Starman? —interrogó Zefal.

—Contra Hendos, naturalmente.

—No lo acabo de entender —sacudió la cabeza el gigante.

—Es muy sencillo. Todo eso que Hendos acaba de decir no es más que una máscara tras la cual quiere ocultar sus verdaderas intenciones. Hendos quiere ser el atamán, pero también sabe que hay muchos que no están conformes con esa digamos autodesignación. Por lo tanto, es lógico que, trate de curarse en salud.

—¿Y qué tienen que ver las intenciones de Hendos con la llamada que te hizo esa Anti... como se llame?

Starman sonrió imperceptiblemente.

—Anténope. Estaba esperando su hora para empezar a actuar. Cuando lo

dijo, es porque estaba segura de no hallarse sola.

—¡Claro, claro! —dijo Korrit sarcásticamente—. Te tiene a ti, ¿verdad?

—Sí —contestó Starman con serenidad, mirándole fijamente—. A mí, y a ti, y a Qusan, y a Ralb, y a todos los oprimidos. Si el nuevo atamán ha de seguir la línea de Mowry, todos debemos alzarnos contra él.

Korrit soltó una ruidosa carcajada, al mismo tiempo que extendía los brazos.

Dijo:

—¡Mis manos contra sus bombas atómicas! ¿Qué te parece? ¿Habéis oído algo igual, chicos?

Los «chicos» no contestaron; sus miradas estaban fijas en Starman, el cual, impertérrito, continuó:

—De aquí es donde ha de partir la revolución que devolverá a los ciudadanos de la Galaxia los privilegios y prerrogativas de que hoy carecen. No más campos de esclavitud como éste y como la planta de transformación cárnica; que todo el que trabaje allí lo haga voluntariamente, retribuido con justeza y en las necesarias condiciones sanitarias. Que los parásitos nobles e improductivos desaparezcan; que el pueblo tenga acceso a los puestos superiores; que se supriman centros como el de Psicosondeo; eso es lo que pretendemos.

—¿Y crees que tú solo, ayudado por esa actriz chiflada, lo vas a conseguir?

—Tú me ayudarás. Y Qusan y Ralb y estos otros dos. Ahora sólo somos seis; dentro de poco seremos seis mil o seis millones. ¡Vamos!

Hubo un momento de estupor causado por las palabras del joven. Después, con aire de negligencia, Ralb se puso en pie, ajustándose instintivamente el cinturón de los pantalones.

—¿Adónde hay que ir?—dijo con casual acento.

Qusan le siguió.

—Tienes razón, Starman. No me importaría trabajar aquí si así fuera necesario, pero no como esclavo vigilado por unos esbirros, sino como hombre libre, retribuido y protegido convenientemente contra las emanaciones radioactivas de las algas. Puesto que aquí estamos condenados a morir, ¿qué importa que esto ocurra antes o después?

Starman asintió, íntimamente satisfecho de las palabras del hombre. Después miró a los otros dos condenados, los cuales eran aún relativamente jóvenes y también fuertes.

Preguntó:

—Y vosotros, Zefal, Loserr, ¿qué decís? ¿Preferís quedaros aquí, muriendo lentamente, o queréis arriesgaros?

Los dos convictos avanzaron casi con unánime gesto.

—Tienes razón, Starman. Estamos contigo. Antes de un mes ya no tendremos remedio. De modo que, ¿a qué esperar tanto? —dijo Zefal, hablando en nombre de los dos.

Korrit acabó por rendirse.

—Bueno —se encogió de hombres—. Starman, tú eres el cabecilla. ¿Qué hemos de hacer?

El joven ya tenía tomada su resolución.

—Primeramente, atraer a uno de los guardias. Atontarlo y reducirlo a la impotencia y apoderarnos de sus armas. Después, liberar a los demás esclavos de los restantes barracones, y luego cargar contra la guardia de la entrada. Inutilizar la central de energía que electrifica la valla que rodea la planta es otro de nuestros primeros objetivos. Cuando hayamos conseguido esto, cuando estemos libres, estudiaremos cuál ha de ser nuestro siguiente paso.

Korrit asintió.

—¡Magnífico! ¡Así como así, ya me estaba enmoheciendo aquí con tanta humedad! ¡Creo que no volveré a probar más en mi vida la pasta de algas!

Sin contestar a las palabras de Korrit, Starman se asomó a la puerta, lanzando un poderoso grito que resonó claramente en el silencio de la noche.

—¡Eh, aquí! ¡Guardias, aquí, en el barracón número veintisiete!

Luego retrocedió un par de pasos, haciendo un signo con la cabeza a sus compañeros, los cuales se agolparon a ambos lados de la puerta. Starman quedó bajo el umbral, expectante.

No tardaron mucho en oírse pasos en la obscuridad. La luz que salía del barracón iluminó prontamente dos siluetas de otros tantos guardias, armados con fusiles demoledores y protegidos contra las radiaciones con sus espesos trajes. Starman se dijo que tales vestimentas iban a constituir un «hándicap» para ellos, pero confió en la sorpresa.

—¿Qué diablos te ocurre? —gruñó uno de los esbirros, con el rifle destructor encarado a su pecho.

—Ahí, adentro. Uno de los convictos está muy mal. No sé qué le pasa. ¿Podéis llamar a un médico?

A través del grueso cristal de cuarzo que constituía su máscara, los ojos del guardián le miraron suspicazmente.

—Vamos a ver de qué se trata.

Apenas pronunciadas estas palabras, inició su avance, cruzando bajo el dintel. El otro guardia le siguió.

El primero se detuvo, dándose cuenta de que había caído en una trampa. Lanzó un agudo grito:

—¡Cuidado, Komhur!

Pero ya el gigante entraba en acción, asiéndole por el cuello y los fondillos del traje. Pataleando desesperadamente, el sicario fue alzado en el aire, en tanto que sus gritos de rabia y pavor a un tiempo atronaban el ambiente. Después, merced a un poderoso impulso, voló raudamente hasta estrellarse con sordo ruido contra la pared frontera. Cayó al suelo, quedando inmóvil en el acto.

Ralb saltó hacia el caído, despojándole de su rifle destructor. El guardia tenía, además, una pistola que pasó a poder de Zefal.

Mientras tanto, Starman se las había entendido con el otro guardia.

Apenas Korrit había echado mano del suyo, Starman se asió con todas sus fuerzas al cañón del rifle que tenía frente a sí, desviándolo a un lado.

Después empujó hacia atrás con todas sus fuerzas. No cometió la tontería de tirar hacia sí; este gesto habría provocado la opresión automática del disparador, con fatales resultados para él. La culata golpeó el pecho del sicario, haciéndole perder el equilibrio.

Un nuevo empujón del joven dio como resultado quedarse con el arma. Moviéndola después en sentido horizontal, usando de todas sus fuerzas, golpeó el pecho del esbirro.

A no ser por la protección del espeso traje, el hombre hubiera muerto instantáneamente. Aun así, perdió el conocimiento, cayendo derribado de espaldas sin un solo gesto más.

Qusan se precipitó a tomar la pistola del caído. Después, entre los dos lo arrastraron hacia el interior de la cabaña, cerrando luego la puerta.

La lucha se había desarrollado con tal rapidez que parecía difícil se hubiera enterado de ella el resto de la guardia. Los dos hombres, inconscientes aún, fueron despojados de sus trajes y luego fuertemente atados y amordazados, con el objeto de que no pudieran dar la alarma antes de que Starman y sus compañeros hubieran alcanzado sus propósitos.

Después de aquello hubo una breve discusión. Starman señaló el plan a seguir.

—Ralb y Loserr vendrán conmigo. Hemos de inutilizar la central de energía lo primero. Vosotros, abrid las puertas de los demás barracones y poned al resto de los convictos sobre aviso.

—Pero nos quedaremos sin luz —objetó Korrit— y entonces ¿cómo nos las arreglaremos para reconocernos y no disparar contra los amigos?

Qusan fue el que dio la solución.

—Podemos gritar una palabra que nos sirva de contraseña.

—¡Justo! —exclamó Ralb—. Starman. Starman —repitió— será nuestro grito de guerra, como lo hizo esa Anténope a través de la pantalla.

—¡Starman! —dijo Korrit, con una ancha sonrisa retratada en su enorme rostro—. Me gusta, hombre. Más que Shantor.

—De acuerdo —sonrió el joven—. Entonces, Ralb, Loserr, venid ya conmigo.

Antes de salir apagaron la luz del barracón, después de lo cual, divididos en dos grupos, avanzaron entre las tinieblas.

En la semana que llevaban en la planta de recogida de algas, Starman había estado estudiando el terreno, de modo que no le fue difícil orientarse, a pesar de que la obscuridad era absoluta. Los edificios en los cuales se hallaban los centros de comunicaciones, energía y demás mecanismos de gobierno del campo, estaban a su izquierda, en el camino que conducía hasta la valla. Todas las luces estaban apagadas, con excepción de una o dos que indicaban claramente el lugar donde se hallaba la central de energía.

Corrieron en silencio, favorecidos por la falta de accidentes del terreno,

deslizándose como sombras. Cien metros más allá se detuvieron. Una silueta acababa de cruzar ante ellos.

—Es necesario eliminar al guardia sin ruido —dijo Starman al oído del jovencito, y éste asintió.

Reanudaron el avance, ahora con precauciones redobladas. A pocos metros del guardia se detuvieron.

Starman habría podido disparar contra el sicario impunemente, bastándole para ello conectar el mecanismo silenciador del arma. Pero aun sabiendo que el hombre que tenía frente a sí lo hubiera hecho sin vacilar, él no se resolvió a obrar de aquella forma.

Decidió disparar sólo en caso extremo, por lo que, deslizándose con la silenciosa suavidad de una serpiente, favorecido además por tenerlo a contraluz, lo cual le facilitaba notablemente la visión, avanzó hacia él.

A pocos metros de distancia Starman dio el último salto.

El joven descargó el golpe con toda su fuerza, con objeto de violar la protección que suponía el espeso traje antirradioactivo. La culata alcanzó al esbirro en la nuca y éste, sin un gemido, sin enterarse siquiera de lo que le había ocurrido, cayó de bruces.

Loserr se arrojó inmediatamente sobre el caído, despojándole de su rifle. La pistola pasó a poder de Starman, el cual, por vía de futuras precauciones, dio un fuerte tirón al micrófono exterior que llevaba el guardia adosado al traje, para evitarle dar la alarma antes de tiempo. Después de esto reanudaron su camino.

Bruscamente un sonoro griterío estalló a lo lejos. Starman se detuvo, jurando entre dientes. ¡Todo se había descubierto!

Varias detonaciones sobresalieron por encima de la algarabía que acababan de provocar los convictos recién liberados. Algunos horrendos alaridos sonaron entremedio, pero después la forma en que se producía el estruendo, indicó a Starman que las cosas iban progresando.

Pero ellos no podían quedar quietos, so pena de fracasar todo el alzamiento. A una seña del joven corrieron hacia el edificio de la central de energía. Starman no se molestó en asaltar la estación de comunicaciones, seguro de que una vez cortada la corriente todo intento de transmitir al exterior sería perfectamente inútil.

De pronto, un turbión de guardias armados hasta los dientes salió del edificio donde se alojaban. Aun doliéndole, Starman no podía hacer más que una cosa si quería triunfar.

Se echó el rifle a la cara y empezó a hacer fuego. Ralb y Loserr le imitaron al instante.

Cogidos por sorpresa, los guardias se fueron desplomando en trágicas posturas, abatidos por el cerrado fuego que hacían los tres sublevados. Algunos de los esbirros, más listos, tuvieron tiempo de retroceder; pero entonces Starman, con rápido gesto, varió el volumen de los disparos.

Los proyectiles micronucleares abrieron enormes boquetes en el edificio,

provocando parciales hundimientos del mismo. Ralb y Loserr coadyuvaron activamente con sus armas y en pocos minutos el paso quedó libre.

Corrieron hacia la central de energía. Un par de guardias intentó oponerse a su avance, pero fueron fácilmente abatidos por sendos disparos de Starman y Loserr. Después de esto la entrada quedó franqueada.

—Disparad sólo contra los cables y conexiones —les advirtió el joven—. Hacerlo contra el reactor podría provocar una grave catástrofe en la cual pereceríamos todos.

Invadieron la central a pasos agigantados. Fríamente, con plena deliberación, habiendo reducido la potencia de los disparos a lo justo, los cables, conexiones y empalmes fueron cortados, uno a uno o por grupos, en medio de aterradores chispazos eléctricos cuyos trallazos se sumaban al fragor de las explosiones.

Bruscamente se apagó la luz. Starman lanzó un grito jubiloso:

—¡Ya está! ¡Lo hemos conseguido!

—Entonces vámonos de aquí —dijo Ralb, y sin perder un segundo los tres salieron fuera del edificio, seguros de que la salida del siniestro campo estaba libre.

Una vez fuera se detuvieron, escuchando.

Un enorme griterío, cada vez más cercano, procedente de cientos de gargantas, se oía en medio de las absolutas tinieblas de la noche. Y todas aquellas gargantas, enfervorizadas, repetían a coro un solo nombre, un nombre que era para ellos la esperanza de su liberación:

—¡Starman, Starman!

CAPÍTULO VIII



AS que verlos, Starman percibió infinidad de jadeantes respiraciones, provenientes de innumerables pechos que, por primera vez en muchos años, empezaban a adivinar un leve soplo de esperanzas liberatorias. También percibió el olor de una, muchedumbre sucia y descuidada, pero esto no lo podía evitar y hubo de soportarlo de la mejor manera posible.

A tientas y a gritos, Korrit, Qusan y Zefal pudieron reunirse en torno al joven y sus otros dos compañeros. La poderosa voz del gigante se elevó sobre el tumulto, recomendando silencio, y poco a poco el clamor se fue extinguiendo.

Así pudieron hablar.

—Starman —dijo Qusan—, tú eres ahora nuestro jefe. Debes dirigirnos. ¿Qué es lo que hemos de hacer?

Cogido por sorpresa, el joven dudó. Ralb vino en su ayuda oportunamente.

—Lo primero que tenemos que hacer es forzar la entrada. La alambrada carece ya de electricidad, pero queda la puerta, muy sólida a pesar de todo. Si tenemos en cuenta que el espesor de la alambrada es de más de diez metros y que las distancias entre los hilos son mínimas, habremos de convenir en que, a pesar de todo, la cosa dista un poco de estar totalmente resuelta.

—Estimo que aún nos hemos de encontrar con más dificultades —dijo Starman.

—¿A qué dificultades te refieres? —preguntó Korrit, blandiendo amenazadoramente el fusil de que se había apoderado.

—Los sabuesos —replicó lacónicamente Starman

Después de aquellas dos palabras se produjo un momento de tenso silencio en el ambiente. El recuerdo de aquellos temibles canes bicéfalos que patrullaban incesantemente por el otro lado de la alambrada pasó como un soplo, de muerte por encima de todos los espíritus.

—¿Para qué tenemos los fusiles? —gritó Korrit—. ¿Qué puede hacer un perro, por muchas bocas que tenga y muy feroz que sea, contra un arma que puede pulverizarlo con un solo disparo?

—Nada —contestó Starman—. Nada, en efecto, si fuera de día. Pero ahora es de noche y nosotros carecemos de la facultad de ver en la obscuridad, como ellos. El olfato también les ayuda a localizar su presa y... ¿hacia dónde

enfocarás la boca de tu fusil, si no ves siquiera el punto de mira?

Las palabras de Starman no podían ser más sensatas y causaron una verdadera consternación entre quienes le estaban escuchando.

Zefal hizo una sugerencia.

—Podríamos aguardar a que fuera de día —dijo tímidamente.

Starman sacudió la cabeza.

—Es una pérdida demasiado grande de tiempo —replicó—. Hemos de salvar la última barrera cuanto antes.

—Bien; entonces, ¿cuál es tu plan? —inquirió Ralb.

—Vamos a los edificios que forman la entrada del campo. Allí debe haber luces de emergencia. Con éstas nos arreglaremos. Korrit, tú encárgate de reunir a todo aquel que haya podido apoderarse de un fusil o una pistola.

—De acuerdo, muchacho —exclamó el gigante, muy satisfecho, empezando a realizar lo que le habían ordenado.

Mientras tanto, Starman, seguido por Ralb, Qusan y los otros, se encaminaba hacia los edificios que constituían la puerta de acceso al campo de algas. Aun no estando electrificada, como había acertadamente sugerido el joven, la valla seguía siendo un obstáculo formidable, debido a sus exageradas dimensiones, casi imposibles de salvar por los medios ordinarios, ya que, además, estaba dotada de pinchos agudos como puñales, capaces de ensartar a un hombre con la mayor facilidad. Si otra cosa no daba resultado, Starman tenía un plan para destruirla, pero primero quería probar a salir por el punto más lógico: por la puerta.

Bruscamente, un rojo fogonazo disipó por un segundo la noche, al mismo tiempo que una terrible detonación sacudía la atmósfera. Starman y sus compañeros sintieron en sus rostros la cálida bofetada del aire desplazado por la explosión y casi de modo automático se detuvieron.

—¡Alto ahí! —gritó una voz desde las tinieblas—. ¡Que nadie se mueva! ¡Deponed las armas u os barreremos!

Starman ahogó una maldición. Había olvidado que en la entrada había un pequeño cuerpo de guardia y que sus componentes estaban todavía intactos. No sabía cuál era su número, el cual no debía ser muy grande, sin embargo, pero tampoco se podía permitir el lujo de sufrir bajas.

Meditó un segundo, en tanto otra explosión conmovía el suelo a guisa de advertencia. De pronto, un sordo rumor de gente llegó a sus oídos.

—¡Aquí estamos! —vociferó Korrit—. Traigo conmigo a todos los que han podido apoderarse de un arma.

—¿Cuántos son? —preguntó el joven.

—Unos cincuenta o sesenta —repuso el gigante.

—Muy bien —dijo Starman—. Ahora, tú que tienes la voz más fuerte que la mía, irás repitiendo a los guardias de la entrada lo que yo te diga.

—Cuenta con ello. Empieza, ya —y después de escuchar unos instantes, Korrit levantó la voz—. ¡Escuchadme, estúpidos! Será mejor que os entreguéis antes de que las cosas pasen a mayores. Todas las armas de

vuestros compañeros han pasado a nuestro poder y podemos bombardearos hasta sepultaros, bajo los escombros de vuestros edificios. Tenemos más de sesenta fusiles y casi otras tantas pistolas y, aunque matéis a muchos de nosotros, siempre quedarán los suficientes para liquidaros. ¡Vamos —les urgió—, decidíos y contestad!

Hubo un momento de silencio, durante el cual Starman temió lo peer. Pero al fin una voz llegó desde las tinieblas:

—¿Qué garantías nos dais de que si nos entregamos no nos sucederá nada?

—¡Mi palabra! —gritó Starman, adelantándose—. ¡Yo soy el jefe de todos los sublevados y os garantizo que no os sucederá nada si arrojáis las armas!

Otra pausa y al fin la respuesta ansiada:

—Está bien —dijo el invisible interlocutor, evidentemente malhumorado —. No vale la pena jugarse el pellejo por quien acaso ni siquiera te dará las gracias. ¡De acuerdo! ¡Avanzad, ya hemos tirado las armas!

Al oír estas palabras, los sublevados quisieron echar a correr, pero Starman los contuvo. El guardia parecía sincero, mas no podía confiarse totalmente hasta tanto no hubiera visto con sus propios ojos la rendición de los últimos esbirros.

Al fin, una serie de obscuras siluetas aparecieron en su campo visual. Starman extendió la mano, deteniendo a los más cercanos.

—Dejadme a mí. Yo iré solo.

—No te hagas el héroe —gruñó el jovenzuelo—. ¿Crees que a mí tampoco me gusta divertirme? Yo iré también contigo, lo quieras o no.

Starman se encogió de hombros y echó a andar, sintiendo a su lado las pisadas del muchacho. Unos segundos más tarde se encontraba frente a frente con un grupo de hombres, todos ellos enfundados en sus trajes aislantes.

—¿Quién es vuestro jefe? —inquirió.

Un hombre se destacó y Starman pudo ver claramente sus manos alzadas, para que no hubiera el menor lugar a la duda.

—Yo. Hemos tirado las armas, como ordenasteis. ¿Qué es lo que quieres ahora de nosotros? ¿Quién eres tú?

—Starman —replicó el joven—, pero esto...

—¡Starman! —repitió el esbirro, y aquél notó en el acento del guardia unas raras tonalidades de sorpresa.

—¿Me conoces acaso? —preguntó el joven.

—No te he visto en mi vida, pero... Tu nombre se ha repetido mucho últimamente.

Ahora el sorprendido fue el joven.

—¿Cómo? ¿Qué estás diciendo? —pero apenas si tuvo tiempo de hablar.

—Ya lo sabemos, oficial —dijo Ralb, adelantándose—. Ahora lo que tenemos es necesidad de vuestras luces de emergencia.

—Es algo que estimo muy justo —contestó el hombre y, volviéndose hacia sus guardias, dio unas órdenes.

Un par de minutos más tarde una docena de potentes antorchas eléctricas

dispersaban parcialmente las sombras de la noche. Korrit y los demás sublevados avanzaron hasta allí, deteniéndose junto a la sólida puerta metálica que aún les separaba de la libertad.

El jefe de los guardias intervino de nuevo.

—Sé lo que te propones —dijo a Starman—, y estoy contigo. Quiero unirme a tus fuerzas; es decir, si me lo permites.

El joven le miró, procurando dominar la sorpresa que le causaba la actitud de aquel hombre.

—No tengo el menor inconveniente —dijo—, siempre que tus palabras sean sinceras. Preferiría más tenerte francamente en contra mía, cosa que, hasta cierto punto, estimaría como justa, que no como, enemigo solapado bajo una falsa promesa de adhesión.

—Puedes ponerme a prueba cuando quieras, Starman —contestó el oficial —. Y muchos de mis hombres harán lo mismo que yo.

—¿Cómo te llamas?

—Wanthos, Starman.

—Muy bien —contestó el joven—. Seguirás, bajo mis directas órdenes, mandando los guardias que quieran unirse a nosotros. En cuanto a los restantes, nos contentaremos con desarmarlos, por el momento.

Korrit gruñó algo entre dientes.

—Sus armas debieran ser para nosotros —dijo.

El joven le señaló la masa de hombres que aguardaba allí pacientemente, bajo la cruda luz de las antorchas de emergencia.

—Fíjate en ésos —dijo—. La mayoría están débiles, depauperados. Sus cuerpos apenas si responden al llamamiento de su voluntad, por muy fuerte, que ésta sea. Es lamentable tener que decirlo, pero para la lucha que se avecina necesitamos hombres fuertes, robustos, capaces de soportar toda clase de penalidades; y, por más que lo queramos, estos desgraciados no podrían resistir un combate formal.

Korrit asintió a disgusto.

—Está bien —masculló—; tú mandas y ojalá que no te equivoques. Pero si uno de estos tipos hace la menor cosa sospechosa, juro que le retorceré el cuello con mis propias manos.

—No te diré nada si es cierto —contestó el joven, tras de lo cual, y seguido por Wanthos, se dirigió hacia la puerta de entrada.

Estudió unos segundos el mecanismo y luego se volvió hacia el oficial.

Wanthos dio su respuesta.

—Está bien —dijo Starman—. Tendrás que ordenarles que maten a los perros y después que se vengan hacia acá para deponer las armas.

—Algunos están a gran distancia y tardarían demasiado tiempo.

—Éstos no nos interesan por ahora. Que lo hagan todos aquellos que estén situados en un radio de cinco kilómetros en ambos sentidos de la puerta. Con éstos, de momento, tendremos más que suficiente.

Wanthos hizo lo que le pedían, transmitiendo las órdenes de Starman por

medio de su emisor individual. Mientras el oficial hablaba, el joven le dio a Korrit órdenes para que requisara todos los vehículos de la planta de recolección de algas y los concentrara en la explanada de la entrada.

En el silencio de la noche se oyó un rumor de motores y pronto las tinieblas fueron taladradas por las luces de los vehículos. Media docena de enormes camiones, dedicados todos ellos al transporte de pertrechos y suministros, fueron situados allí y los sublevados fueron ocupándolos tumultuosamente, en medio de grandes gritos de alegría.

Mientras esto sucedía, Wanthos había hecho las llamadas necesarias a las patrullas del exterior. Casi en el acto, y en una larguísima extensión, empezaron a oírse ruidos de disparos y feroces aullidos de los canes que, sin compasión alguna, iban siendo eliminados por sus guardianes. El tiroteo duró unos minutos y luego se fue apagando lentamente.

Starman esperó todavía algún tiempo más, hasta que, en pequeños grupos, los guardias del exterior fueron acudiendo a la puerta de entrada. Allí se les hizo saber lo que ocurría, y la inmensa mayoría prefirieron unirse a los revoltosos, aunque no faltaron algunos que, a riesgo de quedar prisioneros, depusieron las armas, negándose a combatir al lado de Starman.

Korrit habló de ejecutarlos a todos, pero el joven se negó terminantemente.

—No tendría inconveniente en que lo hicieras —dijo—, si hubieran fingido unirse a nosotros y luego nos hubieran traicionado. Pero, obrando así, deben ser acreedores a nuestra admiración y a nuestro respeto. Vamos a tratar de instaurar un mejor sistema de gobierno en nuestra Galaxia, donde los hombres puedan pensar libremente, y no lo conseguiremos si empezamos por suprimir a todo el que, sin combatirnos con las armas en la mano, se manifiesta disconforme con nuestra manera de obrar. Actuando mejor que lo que lo hizo hasta ahora el Atamán, es como conseguiremos convencerlos y unirlos a nuestro bando.

—¡Bravo! —aplaudió Ralb, entusiasmado—. Tienes un pico de oro, Starman. Y ahora que has dicho todo lo que tenías que decir, ¿por qué no nos largamos de aquí?

El joven suspiró.

—Sí —murmuró—; hemos de irnos. Nos espera una dura tarea, pesada y difícil, pero no conviene retrasarla mucho.

Seguido por Ralb y Qusan montó en uno de los camiones, enormes artefactos de colosal tamaño y gran tonelaje, con una amplia cabina de espacio suficiente para seis personas. Qusan tomó el volante, y a su izquierda se situó Wanthos. A la derecha quedaron Starman, Ralb y un par de sublevados más.

La enorme puerta se abrió, lentamente y el camión, encabezando la comitiva, empezó a rodar. Sus faros, de gran potencia, convertían el paisaje en una gran extensión, en un día artificial, permitiendo una máxima facilidad de visión para el conductor.

Poco a poco, el gigantesco vehículo, impulsado por tres grupos dobles de

ruedas motrices, fue ganando velocidad, enfilando la ruta que conducía a la capital del planeta.

Un par de feroces mastines bicéfalos salieron de pronto ante el vehículo. Realmente, ofrecían un aspecto espantoso, con sus dos cabezas en las cuales se veían sus enormes bocazas abiertas, dotadas de agudísimos colmillos, capaces de cortar una pierna de un solo bocado. Pero una feroz salva de disparos, hecha desde la parte alta del camión, los aniquiló en contados segundos y, salvado este pequeño obstáculo, el vehículo prosiguió su marcha, más veloz a cada instante que pasaba.

Mientras el camión rodaba rápidamente hacia la capital, Starman se concentró en sus pensamientos. Maquinalmente, su cerebro empezó a trabajar, recordando todo cuanto le había sucedido, desde que conociera a Telva hasta el momento actual.

El pensamiento de que había matado a su padre le torturó la mente. Una vaga esperanza de que, siguiendo adelante con la revolución, confiando en que ésta llegase a triunfar, le permitiese vengarse de aquella mujer, apenas si fue un pequeño consuelo para la súbita tristeza que, sin poderlo remediar, acababa de acometerle.

Pensó después en Anténope. ¿Qué misterioso papel había estado desempeñando la actriz en todo aquello? No lograba comprenderlo, por más que trataba de hallar una explicación lógica y, suspirando resignadamente, renunció a descifrar el enigma, confiando en que, al llegar a la ciudad, hallaría los medios suficientes para ver nuevamente a Anténope.

Y después, si la revolución llegaba a triunfar, ¿qué sería de él? Ya lo tenía decidido. Por más honores que quisieran tributarle, renunciaría a todo y se expatriaría donde nadie le conociera, donde sólo él pudiera purgar lo que, a pesar de todo, consideraba como un crimen capital.

Y aunque no se hubiera hecho estas consideraciones, Starman sabía que la masa es siempre voluble y que, para todo el mundo, por más cosas buenas que hiciera, no dejaría nunca de ser el hombre que, con tal de encumbrarse, había sido capaz de asesinar a su propio padre. Y esta sería una nota de infamia que siempre le acompañaría y que nunca dejaría de pesar sobre él, por muchos esfuerzos que hiciera.

Lo tenía resuelto. En cuanto todo se hubiera concluido, fuera cual fuera el resultado, se retiraría, desaparecería de la escena, hubiera conseguido o no hallar a Telva, cuyo castigo, a fin de cuentas, no lograría devolver la vida a Mowry. Sí; ya lo tenía decidido. Conocía un lugar absolutamente desierto, donde...

La irónica voz de Ralb, sonando a su lado, le sacó de sus abstracciones:

—Te veo muy preocupado, Starman.

El joven alzó vivamente la cabeza.

—No, pensaba en... ¡Wanthos!

El aludido contestó:

—¿Dime, Starman?

—Antes dijiste que habías oído mi nombre muchas veces. ¿Cuándo y en qué circunstancias?

—Se han repartido en todo Europa cientos de millones de octavillas con tu nombre, como posible jefe de un movimiento que derrocase el régimen ahora existente. Prometías libertad, paz e igualdad a todo el mundo, suprimiendo la rígida autoridad del Atamán y... la verdad, hay muchas personas que sólo están aguardando tu presencia para unirse, a ti.

—¿Yo... he dicho todas esas cosas? —balbuceó el joven, hecho un taco.

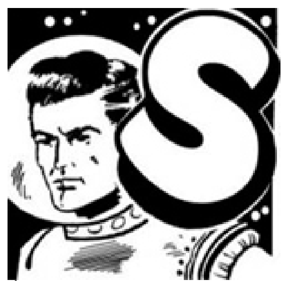
—Las estás llevando a la práctica —rió Ralb—. Éste es sólo el comienzo y pronto podrás demostrar que lo que decías no era más que la verdad, en lugar de una propaganda falaz. Pronto las gentes de Europa podrán convencerse de la veracidad o mentira de tus palabras, Starman.

—¡Pero... si yo...! —y renunciando a comprender todo lo que le ocurría, el joven calló.

Dos horas más tarde, cuando apenas las primeras luces del alba empezaban a despuntar en el horizonte, los camiones remontaron la fila de romas colinas que eran el último obstáculo que les separaba de la capital del Imperio Galáctico.

El camión se detuvo unos instantes y los ojos de Starman contemplaron, extendida en un amplísimo valle, ocupando una colosal área, la ciudad cuya conquista se disponían a emprender.

CAPÍTULO IX



Í, allí, prácticamente a sus pies, estaba la capital de Europa, perdiéndose la masa de sus edificios en la borrosa neblina del todavía lejano amanecer. Millares de luces que iluminaban sus calles, originaban un enorme halo entre blanco y amarillento que se extendía a gran altura, nimbo de aparente paz bajo el cual descansaban todos, buenos y malos, ignorantes del estallido revolucionario que acababa de ponerse en marcha.

La ciudad estaba frente a Starman. Quien la poseyera, sería el dueño del Imperio. Todos los resortes del gobierno estaban en Europa. Las comunicaciones subespaciales se hallaban en la ciudad, excepto los centros que, confiados a elementos de probada lealtad, se hallaban en los restantes planetas que componían el Estado-Galaxia. Nadie, sino los nacidos en Europa, podían pilotar las naves interestelares. El secreto de los viajes que violaban la vieja concepción del espacio tridimensional sólo era enseñado a los oriundos de Europa. Las armas más mortíferas y potentes, los instrumentos de más precisión, toda la gama, en fin, de material de alto contenido y valor científico, estaba vedado a todo aquel que no hubiera nacido en el planeta-capital y probado, además, su fidelidad al Imperio.

Starman pensó en que iba a ser difícil luchar contra todos estos prejuicios, casi tanto más que contra las tropas de Hendos. La única esperanza que le cabía era si los soldados del hombre que ocupaba provisionalmente la Jefatura del gobierno galáctico, sentirían por éste el mismo entusiasmo que habían sentido por el desaparecido Atamán. Si este recurso le fallaba, Starman podía considerarse como perdido. Y con él, todos los que le seguían.

El camión reanudó su marcha, acelerada ahora por la suave pendiente que conducía a la ciudad. En condiciones normales, hubieran podido utilizar vehículos sin ruedas, de los que se deslizaban por las pistas magnéticas, pero los que usaban eran los destinados al aprovisionamiento de centros como el que acababan de abandonar, y con los convictos, generalmente, no se tenía tantas consideraciones. Acaso la cosa marchase mejor de esta forma; podrían pasar más desapercibidos desde el interior de la ciudad.

A la luz creciente del alba, Starman distinguió a lo lejos, sobre una pequeña colina situada en un lado de la ciudad, de poca altura, pero de gran extensión, donde se alzaba el Palacio del Atamán. Sus esbeltas torres, de

audaces formas, unidas muchas de ellas por atrevidísimos puentes que servían tanto para el tránsito de peatones como el de vehículos, disimulaban en parte la sombría perspectiva que ofrecía el enorme conjunto de edificios que constituían el cerebro del Imperio, colosal fortaleza de la cual había que apoderarse si se quería tener éxito en la empresa.

Starman no dudó un solo momento que podían llegar hasta la entrada del palacio. Lo difícil empezaría a partir de aquel momento. En el pueblo, poca resistencia se les opondría; no obstante haber nacido en el planeta-capital, todavía había muchas diferencias entre un vulgar ciudadano y otro perteneciente a la clase noble. Éstos, celosos de sus privilegios, serían sus más encarnizados enemigos, especialmente si se les daba tiempo para organizarse. Pero Starman confiaba en la celeridad de sus movimientos y en la sorpresa que iba a causar el inesperado estallido; dos armas muy poderosas que, convenientemente utilizadas, podían dar mucho juego.

Al fin penetraron en la ciudad, rodando a la velocidad máxima por las amplísimas calles, tomando una conducente al palacio. La claridad iba aumentando por momentos y las luces se apagaban a medida que la intensidad de la iluminación diurna iba creciendo.

Casi de modo brusco, la entrada al Palacio se alzó ante ellos. Starman vaciló unos segundos. El momento tan temido, al fin, acababa de llegar.

Ralb le miró de soslayo. El joven percibió la mirada irónica de su acompañante y esto le irritó, aunque procuró no mostrarlo exteriormente.

Decidió dejar que el camión siguiera su carrera. La puerta que cerraba el acceso a la muralla que circundaba el palacio, no se había abierto todavía. Starman sabía que sobre la muralla había numerosas casamatas, dotadas de colosales piezas de artillería, un solo disparo de las cuales podía reducir a polvo la expedición, sin dejar el menor rastro de ella. Esperaba poder actuar antes de que los artilleros tuvieran tiempo de enfilarles con sus cañones.

A pocos metros de la puerta, un sólido muro de acero, Qusan frenó, deteniendo el vehículo. Starman y los demás saltaron al suelo, corriendo hacia la puerta, antes de que el camión se hubiera parado del todo. Estaba seguro de que les miraban, pero, por una razón u otra, los centinelas no disparaban.

Starman se detuvo ante la puerta, cuyo dintel se elevaba a veinte metros por encima de su cabeza. Era de una sola hoja, que se deslizaba a lo largo del muro, manejada por un mecanismo que se hallaba al otro lado, y sólo un disparo nuclear de gran calibre podría derribarla y permitirles el paso. Por unos momentos había pensado en lanzar el camión contra el muro de acero, pero desistió de ello: la enorme puerta ni siquiera se conmovería.

Retrocedió un par de pasos, estudiando el terreno. Si llamaban, no les abrirían. Los guardias dudarían, alguno quizá llamase a su jefe, y, mientras tanto, la alarma estaría dada.

Sólo podía hacer una cosa: trepar a lo alto del muro. Más de treinta metros había entre el suelo y el borde almenado, pero había salientes de sobra a los cuales asirse, gracias al simétrico dibujo que ornaba el marco pétreo de la

puerta. Sin dudarlo un segundo, se terció el rifle a la espalda y comenzó a trepar.

Debía darse prisa. Muy pronto seria ya totalmente de día, y la visibilidad absoluta permitiría a los soldados distinguir el menor detalle. Quería aprovechar aquellos momentos en que la vigilancia, ineludiblemente, en todos los lugares y en todas las épocas, se había descuidado, cuando, habiendo transcurrido la noche sin novedad, llega el alba y parece que no vaya a ocurrir nada. Y los guardias del palacio no iban a ser la excepción, a no ser que les hubieran avisado de lo ocurrido en el campo número uno, cosa que Starman, habiendo destruido la central de energía y de transmisiones, no creía.

Poco a poco, sintiendo sobre sí la urgencia del tiempo, Starman ganó altura y el borde del muro fue aproximándosele. Al fin, su mano derecha se posó en el agudo borde de una almena.

En aquel preciso momento, un rostro airado apareció a corta distancia del suyo. Un soldado, alertado quizá por los murmullos de las conversaciones que se oían abajo, acababa de asomarse.

El guardia respingó al darse cuenta de que alguien trataba de violar el recinto de forma subrepticia. Sin una sola vacilación, echó mano a su pistola.

Por un instante, Starman temió lo peor. No tenía defensa posible, no podía echar mano de su rifle y bastaba el menor empujón para lanzarle de la muralla abajo, a más de treinta metros de profundidad.

El joven hizo un esfuerzo arriesgadísimo. Si fallaba, pedía considerarse como muerto. Apoyando los pies en el saliente en que se sostenía, saltó hacia arriba, soltando al mismo tiempo las dos manos del borde del muro.

Se agarró con todas sus fuerzas al brazo del esbirro, el cual, enormemente sorprendido, no supo reaccionar y salió disparado hacia adelante. Pero Starman ya había contado con la almena y ésta, con su masa, detuvo la carrera del guardia.

El individuo chilló, furioso y aterrorizado a un tiempo. Intentó sacudirse aquella tenaza que le impedía una plena libertad de movimiento, pero todo fue inútil. Los intentos que hizo para golpear con su mano libre el rostro de Starman, fallaron también.

Haciendo una poderosa flexión, Starman consiguió pasar las piernas al otro lado de la almena. A partir de este momento, la cosa se deslizó mucho más fácilmente.

El sicario intentó resistirle, pero todo fue inútil. Sujetándole todavía el brazo armado con la mano izquierda, Starman devolvió los golpes. El segundo fue el definitivo y el guardia, con un suspiro, se derrumbó inerte a los pies del joven.

Starman se volvió, agitando las manos para indicar que todo iba bien. Después, girando sobre sus talones, estudió el terreno.

La plataforma de la muralla era muy amplia. Ante él había una enorme casamata con dos cañones de grueso calibre, en la que no se veía ninguna entrada. Supuso, acertadamente, que el acceso a la torre artillera debía hacerse

mediante un ascensor, pero de momento, el uso de tal artefacto le estaba vedado.

Rodeando la casamata, divisó una escalera de emergencia adosada al muro. Sin perder un segundo, empezó a deslizarse por ella a toda velocidad.

Todavía le faltaban unos metros para llegar al suelo cuando sintió pasos precipitados bajo sus pies. Volvió la cabeza, mirando hacia abajo, y divisó un par de guardias que, alertados por el ruido que hacía al bajar, cosa inevitable por otra parte, corrían a investigar lo ocurrido.

Starman se soltó, dejándose caer al suelo desde tres o cuatro metros de altura. Flexionó los talones para amortiguar el golpe, pero no pudo evitar rodar por el suelo. Una ágil contorsión le devolvió de nuevo el equilibrio perdido y, sin vacilar, se arrojó sobre el primer guardia.

Lo derribó de un colosal puñetazo que lo redujo al silencio instantáneamente. El guardia, al retroceder, hizo perder a su compañero la estabilidad y el disparo que éste hacía contra Starman se perdió de modo inofensivo en el aire.

El joven inutilizó a su rival de la misma forma que el anterior. Les despojó de sus armas, arrojándolas lejos de allí, y luego se encaminó hacia el cuerpo de guardia, descolgándose mientras tanto el rifle de la espalda.

Bruscamente, un grupo de soldados, alarmados por el ruido, salieron de uno de los edificios adyacentes a la entrada. Pero Starman estaba ya preparado.

Deteniéndose un momento, sólidamente plantado sobre sus piernas entreabiertas, movió con el pulgar los mecanismos de control del rifle, convirtiendo a éste en un ametrallador, al mismo tiempo que reducía al mínimo el volumen de las explosiones.

Una larga hilera de disparos se clavó a los pies de los estupefactos guardias, frenando en seco su avance. Starman repitió la acción, ahora en sentido inverso, tras lo cual les intimó a la rendición.

Cualquiera de ellos hubiera podido reducirlo a pedazos, pero su misma audacia, impresionó a los guardias. Instantáneamente, dos docenas de brazos se alzaron al cielo.

—¡Soy Starman! —exclamó, decidido a aprovecharse de la propaganda que habían hecho de su nombre—. Obedecedme y salvaréis la vida.

Ni uno solo de los guardias se movió.

—Media vuelta —les ordenó—. Manos a la nuca y todo el mundo de cara a la pared.

Silenciosamente, sin una sola protesta, los esbirros obedecieron. El joven, entonces, aproximándose a uno de ellos con las debidas precauciones, le tocó en el hombro.

—¡Vuélvete!

El soldado hizo lo que le ordenaban.

—¿Sabes manejar el mecanismo de apertura?

—Sí —contestó el guardia.

—Pues andando, entonces. Y mucho cuidado con hacer alguna sucia faena o te quemo.

Starman retrocedió un par de pasos, vigilando alternativamente a sus prisioneros, los cuales, inmóviles, proseguían en la misma postura. Con el rabillo del ojo, observó los pasos del soldado, el cual se metió en una encristalada galería, en la cual se veía un gran cuadro de mandos, de comunicaciones la mayor parte de ellos.

—¡Cuidado con emitir el menor aviso! —le advirtió el joven, pero el soldado, a lo que parecía, no tenía ganas de recibir un proyectil desintegrante. Movió los controles de la puerta y, al instante el pesado muro de acero, empezó a deslizarse a un lado, hundiéndose en el hueco que había construido ex profeso en la muralla.

Casi en el acto, una jubilosa algarabía saludó la apertura de la valla. Un tropel de gente, encabezado por Ralb, Qusan y Korrit, irrumpió en la explanada.

Starman vio brillar los ojos del mozalbete, quien se le acercó, estrechándole con sus dos manos la suya, en un gesto lleno de afectuosa efusión.

—¡Sabía que sólo tú podrías hacerlo, Starman!

—Temblé por ti —dijo Korrit—, aunque, desde luego, no quise aceptar ninguna apuesta en contra tuya.

—Una magnífica tarea —elogió con sencillo laconismo Qusan—. Pero no podemos perder tiempo aquí.

El primer camión irrumpió entonces, y los revoltosos lo asaltaron, reanudándose la marcha rumbo al palacio. Éste era otra ciudad, dentro de la capital, y las calles que separaban sus edificios veíanse todavía casi desiertas.

Algunos aislados transeúntes, todos ellos con seguridad funcionarios civiles del gobierno, vieron con asombro la irrupción en la fortaleza de aquellos camiones que transportaban el conjunto de seres más desharrapados y de aspecto más salvaje que vieran jamás. Ante las armas que blandían los revoltosos, los espectadores optaron por la prudencia y se esfumaron tranquilamente del paso, temiendo ser involucrados en combates que nada bueno podían prometer.

La expedición se halló al fin frente a la entrada del edificio principal, enorme torre de varios centenares de metros de altura, por casi otros tantos de base. La torre estaba enlazada a otras por varios puentes situados a diferentes niveles. Una grandiosa puerta se abría en su base, frente a una colosal explanada, capaz de contener cómodamente varias decenas de millares de personas, y el corazón de Starman se oprimió al recordar una escena parcialmente provocada por él desde mil ochocientos millones de kilómetros de distancia. Por un segundo vio al Atamán doblarse sobre sí mismo al recibir el impacto de su propia mano, y la imagen se le representó tan vívidamente, que sus manos se crisparon instintivamente sobre el cañón del rifle.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Ralb, mirándole de soslayo, con aquella

expresión suya, tan irónica como de costumbre—. ¿Te has puesto enfermo?

—No —dijo Starman—. Sólo ocurre que...

Los camiones empezaron a atravesar la explanada, corriendo a gran velocidad hacia el palacio, por cuya puerta empezaban a verse ya salir numerosos hombres armados con rifles, aprestándose a la defensa.

Starman se dio cuenta de que el momento del inevitable choque había llegado ya.

—¡Acelera lo que puedas, Qusan! —gritó.

El interpelado pisó el acelerador a fondo y el enorme vehículo pareció saltar hacia adelante. El viento silbó ruidosamente el ser desplazado por el camión, en cuya parte superior empezaron a sonar los primeros disparos.

Frente a él, Starman divisó también los fogonazos de los rifles de la guardia imperial. Uno de ellos alcanzó al camión en el frente, haciéndole tambalearse ruidosamente, pero la sólida mano de Qusan sujetó el volante, reduciendo al vehículo a la obediencia y haciéndolo proseguir su carrera a una velocidad suicida.

Los guardias, aterrorizados por aquella estampida que se les arrojaba encima, se incorporaron, asustados, esparciéndose a ambos lados de la puerta. Trataron de reaccionar, pero estaban desconcertados, sin conexión entre sus movimientos y acabaron por levantar las manos, rindiéndose sin apenas lucha.

Qusan detuvo el camión con seco frenazo, que arrojó hacia adelante a todos sus ocupantes, quienes, una vez recuperados, saltaron al suelo, dedicándose a desarmar a los guardias. Starman les dirigió una breve alocución, no mayor de un par de frases, y luego, llevando consigo a los que se habían unido, se precipitó en el interior de la torre.

—¡A ver! —gritó—. Uno que conozca la distribución del edificio.

—¡Yo! —exclamaron al unísono Ralb y Qusan.

Starman los miró, estupefacto.

—¿Vosotros? —preguntó.

—Sí —sonrió Qusan—. En tiempos, yo fui... guardia imperial.

—¿Y tú, Ralb?

—Pinche de cocina —contestó con una desvergonzada mueca el muchacho.

Starman frunció el ceño, interiormente molesto por la frescura de que continuamente hacía gala el mozalbete. De buena gana le hubiera dado un par de azotes en el final de la espalda, si no hubiera considerado la valiosa ayuda que Ralb había representado para la rebelión.

Se encogió de hombros.

—Muy bien —exclamó—; guiadnos, entonces.

Precedidos por Ralb y Qusan, un fuerte grupo de sublevados se dirigieron hacia el interior de la torre, cruzando un amplísimo vestíbulo, en cuyo muro frontero se veían media docena de puertas.

Ralb y Qusan se detuvieron ante ellas.

—Son los ascensores que conducen a los pisos superiores.

—¿Está aquí también el centro de comunicaciones subespaciales?

Ralb asintió. Starman dijo entonces:

—Muy bien, pues. Ése va a ser nuestro primer objetivo. ¡Arriba todos!

Qusan hizo funcionar una de las puertas, la cual se descorrió al instante, dejando ver la plataforma de un ascensor, en la cual cabrían cómodamente dos docenas de personas. Quince o veinte, además de ellos, entraron allí, y el resto se repartió en los demás ascensores.

Apenas cerrada la puerta, Qusan manejó los mandos y el aparato se elevó con tal rapidez que más de uno, cogido por sorpresa, fue derribado por el brusco arranque. Después, el aparato se estabilizó y continuó su velocísimo ascenso.

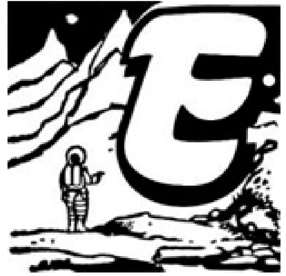
El Centro de Comunicaciones Subespaciales estaba situado en el último piso, bajo una enorme cúpula que englobaba todos los aparatos que servían para las transmisiones y enlaces con todos los planetas del Imperio. De la planta al final, había más de quinientos metros y, pese a la marcha rapidísima del ascensor, tardarían aún unos minutos en alcanzar su objetivo.

Pero, de pronto, el aparato se detuvo con tal brusquedad, que los pies de todos cuantos viajaban allí se separaron unos centímetros del suelo. Hubo gruñidos y reniegos, y más de un revolcón, pero casi en el acto, el ascensor volvió a ponerse en marcha.

Pero ahora lo hacía en sentido inverso y a toda velocidad.

¡En caída libre!

CAPÍTULO X



L pensamiento de lo que ocurría tardó aun unos segundos en penetrar en los cerebros de los ocupantes del ascensor.

Pero Starman lo comprendió casi al instante, especialmente cuando percibió aquella curiosa ausencia de peso producida por la falsa sensación de falta de gravedad causada por la caída libre.

Los cabellos se le erizaron al pensar en lo que podía ocurrirles cuando el ascensor detuviera su vertiginoso descenso, cuatrocientos metros más abajo. Alguien, sin duda alguno de los leales al Atamán provisional, Hendos, debía haber interrumpido el suministro de fluido al motor del ascensor, y éste caía ahora hacia abajo a plomo, como una piedra.

Sin embargo, Starman no era hombre que se rindiera en tanto le quedase una mínima posibilidad de lucha. Con la mano izquierda y con la voz, apartó a todos cuantos le rodeaban.

—¡Atrás, atrás! —gritó, y su voz dominó durante unos instantes el espantoso tumulto que había provocado la conciencia de la suerte que iban a seguir.

Mientras tal hacía, su mano derecha había sacado la pistola destructora. A riesgo de ser alcanzado por sus propios disparos, encaró el cañón del arma contra la puerta, oprimiendo el gatillo en rápida sucesión.

Varios boquetes, de buen tamaño, aparecieron en la puerta del aparato. Éste redujo su marcha de modo casi instantáneo y luego, poco a poco, fue frenando hasta detenerse totalmente, a la mitad de una de las puertas que daban a un piso cuya altura y disposición ignoraban por completo en aquellos momentos.

Starman disparó contra la puerta, reduciéndola a la nada, y en el acto, todos los ocupantes del ascensor se precipitaron en tropel por el orificio abierto, atropellándose por salir. Él, con Ralb y Qusan, fue de los últimos en salir, pero aún estaba dentro del ascensor cuando, de pronto, oyó un sonoro rugido.

En los primeros momentos, no supo identificar la procedencia de tan extraño sonido. Pero unos segundos más tarde, un horrible estampido, que hizo vibrar los muros del edificio, indicó al joven la suerte que acababan de correr los ocupantes de otro ascensor.

Salieron fuera, a un amplio corredor, una de cuyas paredes, casi en su totalidad encristalada, daba al exterior, proporcionando una vista singularmente atractiva de la ciudad. La pared frontera estaba llena de puertas y debía estar dedicada seguramente a oficinas y puestos de control gubernamentales, en aquellos momentos desiertas, sin duda.

Starman se detuvo en el centro del corredor, completamente desconcertado, sin saber qué hacer. Estaban a más de trescientos metros de distancia en vertical del Centro de Comunicaciones Subespaciales, y llegar hasta arriba utilizando solamente las escaleras que unían entre sí los diversos pisos era una empresa larga, fatigosa y que les dejaría sin fuerzas para el embate final.

Pero Ralb cortó en seco sus dudas, cogiéndole inesperadamente de la mano y tirando de él. Qusan corría ya delante de los dos, en dirección a un punto determinado.

Olvidándose momentáneamente de los exconvictos, el trío corrió a todo lo largo del pasillo. Hallaron una escalera, de grandes dimensiones, por cuyos peldaños treparon a grandes saltos. Dos pisos más arriba, Qusan se detuvo ante una minúscula portezuela, con la anchura apenas suficiente para dar paso a una persona.

Starman vio que la portezuela estaba abierta y que Qusan se metía sin vacilar por ella. Ralb le siguió y él imitó a ambos, hallándose en un cubículo muy estrecho que apenas si podía contenerlos a los tres.

—¡Es un montacargas de servicio! —gritó Qusan, en tanto lo ponía en marcha.

—Por ahora parecen haberlo olvidado —dijo Ralb pensativamente—. Pero si se dan cuenta de que estamos en él, no doy una corona por mi pellejo.

Starman asintió. El montacargas era algo más lento que el ascensor y el tiempo se les hizo intolerablemente largo hasta que, al fin, notaron que el aparato se había detenido.

Qusan intentó salir, pero Starman le detuvo con, un gesto.

—¡No! Lo haré yo —dijo.

Descorrió unos centímetros la puerta del montacargas, volviendo a cerrarla de inmediato. Volvióse hacia sus compañeros, pálido el rostro.

—Hay soldados aquí —dijo en voz baja.

—Aguardaremos, entonces —sugirió Qusan.

Callaron, dejando pasar el tiempo. La estrechez del montacargas era tal, que en pocos minutos se elevó la temperatura en su interior de modo intolerable, dándose cuenta Starman de que pronto les faltaría el aire.

Arriesgándose de nuevo, abrió la puerta del artefacto, haciéndola deslizarse a un lado, hasta dejar una rendija de un par de centímetros. Una bocanada de aire fresco invadió sus pulmones, pero, a pesar de todo, el joven hizo un gesto de pesimismo.

—¿Siguen ahí? —le cuchicheó Ralb al oído. Starman asintió.

Estudió la situación durante unos segundos. Había cinco o seis soldados,

todos ellos rifle al puño, custodiando celosamente la habitación que era la antesala de la de comunicaciones. Los soldados miraban recelosamente a todas partes, y se les veía dispuestos para disparar contra cualquier cosa sospechosa que vieran, por liviana que fuera.

Bruscamente, una voz ruda, enérgica, estalló dentro del vestíbulo.

—¡Todos a la escalera de acceso! ¡Los revoltosos suben por ahí!

Inmediatamente, los soldados corrieron hacia el lugar designado. Starman, sin entretenerse en más, oyendo vagamente a sus espaldas un raro sonido, terminó de abrir la puerta, saltando fuera del montacargas. Ralb y Qusan salieron tras él.

El joven corrió hasta situarse frente a la entrada del vestíbulo. Los guardias se hallaban apostados en el primer peldaño de la escalera, vueltos todos de espaldas a él, oteando ansiosamente la presencia del primer sublevado. Tan absortos estaban en su vigilancia, que no oyeron los sigilosos pasos de los tres hombres.

Starman consultó con la vista a Qusan y Ralb, hallando en las miradas de éstos plena aprobación. Entonces, alzó la voz y dijo:

—¡Todas las armas al suelo u os abraso!

Los soldados giraron en redondo, enormemente sorprendidos al verse tras ellos a unos individuos cuya presencia allí les parecía como causada por artes mágicas.

—¡Las armas al suelo! —repitió Starman, y los guardias, estupefactos, obedecieron.

Entonces supo el joven la procedencia de aquel extraño sonido en que al principio no reparara. Ralb reía, reía sin cesar, apoyando una de sus manos en el hombro de Qusan, en cuyo rostro se veía una amplia sonrisa de satisfacción, con una alegría mucho más moderada.

El joven frunció el ceño, pero no dijo nada. Se volvió hacia los soldados, los cuales ya habían alzado las manos y ordenó:

—¡El jefe, que avance!

Un hombre, con galones de plata en la parte alta de las mangas, dio dos pasos.

—Yo soy. ¿Qué es lo que quieres de mí, rebelde?

—Soy Starman y te ordeno me abras la puerta de la sala de comunicaciones.

—¡Starman! —repitió el oficial, absorto.

—El mismo. ¿Obedeces o...?

Bajo la presión de los rifles, el oficial hizo lo que le decían. Entonces se oyó un ruidoso tumulto por la escalera y Starman ya no tuvo la menor duda de que el resto de los sublevados, aquellos que se habían podido salvar del desastre provocado de los ascensores, estaban llegando. Entre el escándalo que se oía, la voz de Korrit destacó con sonoros bramidos.

Starman sonrió, en tanto una gran puerta de acero se deslizaba a un lado, permitiendo el paso a una enorme sala, de unos cien metros de anchura,

situada bajo una enorme cúpula transparente, en la cual se veían infinidad de aparatos transmisores, la mayoría de ellos ocupados por sus respectivos operadores. Quince o veinte postes, de grueso superior al metro, naciendo, del suelo, atravesaban la cúpula, subiendo por el exterior hasta cincuenta y sesenta metros más. Eran las antenas que irradiaban los mensajes subespaciales a todas las regiones del Imperio.

Korrit apareció en aquellos momentos, seguido por Zefal y Loserr, además de una docena de sublevados, los más fuertes de cuantos se habían evadido del campo de algas. Llegaban sin aliento, con la lengua fuera, pero el joven no perdió tiempo en enviarlos a vigilar los aparatos.

Los operadores no intentaron oponer la menor resistencia. Las transmisiones quedaron cortadas instantáneamente, hasta nueva orden y, seguro ya de haberse apoderado de uno de los puntos neurálgicos del Imperio, Starman se preguntó si no habría terminado todo ya.

Qusan lo sacó de su error.

—Tienes un enemigo aún por inutilizar.

—¿Te refieres a Hendos?

Qusan asintió con la cabeza.

—¿Sabes tú dónde se encuentra? —inquirió el joven.

—Sí. Ven conmigo —dijo Qusan, echando a correr delante de él. Ralb lo siguió y Starman tuvo que acelerar su paso para no quedar rezagado.

Corrieron escaleras abajo. De pronto, algo estalló sobre sus cabezas con sonoro crujido.

Detuvieron su marcha instantáneamente, retrocediendo unos pasos, hasta hallar el abrigo de una esquina.

Dos disparos más hicieron vibrar los muros del edificio con sus impactos.

—Ese Hendos debe tener todavía algún individuo que le es fiel —masculló Qusan.

—Hemos de quitar ese estorbo de en medio —dijo Ralb.

—Yo lo haré —murmuró Starman, asomando la cabeza con precaución, para retirarla inmediatamente, cuando vio la llamarada de un arma a diez metros de distancia. El proyectil pasó silbando por encima de él, yendo a estrellarse contra el muro que tenían a sus espaldas.

—¡Agachaos! —exclamó, dando el ejemplo.

Asomó la mano, disparando dos o tres veces en rápida sucesión, un poco al buen tun-tún, y luego, arriesgándose a recibir un impacto, saltó fuera de su refugio.

Las balas silbaron en torno suyo, pero su figura se había convertido en algo borroso, que se movía con la rapidez del relámpago. Tres o cuatro guardias que había ante una puerta, se desplomaron uno tras otro, abatidos por los certeros disparos del joven, el cual halló así el paso franco.

Intentó abrir la puerta, pero la cerradura no cedió. Retrocediendo, apuntó y disparó, abriendo un ancho boquete, que le permitió pegar un puntapié a la puerta, abriéndola de par en par.

Casi en el acto, una pistola estalló frente a él. Starman sintió en su rostro el cálido soplo de una bala y, sin tomar puntería, hizo fuego.

La bala que disparó no halló su blanco sino de un modo casual. Impactando sobre un fonovisor que había encima de una mesa, lo lanzó con terrible fuerza contra el hombro de un individuo que trataba de parapetarse tras la mesa, derribándolo al suelo.

Heridos, lanzando un rugido de rabia, quiso recuperar la pistola, pero su cuerpo voluminoso carecía de la agilidad necesaria.

Starman llegó antes, pisándole la muñeca con su pie. El obeso personaje miró desde abajo la negra boca del arma, que le devolvía la mirada de modo siniestro.

—Se acabó —dijo Starman—. Todo ha terminado ya, Hendos.

Dio un paso atrás y se retiró.

—Ponte en pie —le ordenó, y Hendos, resoplando, cubierto enteramente de sudor, obedeció, arrojando furiosas miradas en torno suyo.

Qusan y Ralb aparecieron casi al instante.

—¿Qué es lo que piensas hacer conmigo, Starman?

El joven se echó a reír.

—¿Me conoces, Hendos?

El aludido no contestó, desviando la vista intencionadamente. Starman, entonces, dijo:

—No tengo nada contra ti... y sí contra tu forma de gobierno, aunque, a decir verdad, si hago esto es porque se lo prometí a una persona.

Starman evocó por unos instantes a Anténope, diciéndose que acaso no tardaría ya mucho en verla. ¿De qué modo le acogería la joven, una vez viera que había conseguido su objetivo?

—Te dejaremos marchar libre, como a los demás miembros de tu gabinete, Hendos. El gobierno del Atamán ha dejado de existir, al menos en la antigua concepción. No niego que debe haber una cabeza visible, pero con sus atribuciones mucho más limitadas, siempre que, además, se supriman muchas de las ultrajantes diferencias que hoy existen. Si consientes en firmar tu renuncia, si la manifiestas ante los objetivos de las cámaras de TV para que todo el Imperio lo sepa, quedarás libre, inmediatamente que lo hayas hecho.

—¿Y quién se encargará del gobierno? —preguntó Hendos.

Starman vaciló, debiéndose conformar con una ambigua respuesta:

—Eso ya no es de tu incumbencia, Hendos. Tú haz lo que yo te he dicho y no te preocupes de más.

Los ojos bajos, tratando de ocultar la rabia que le hervía en el pecho, Hendos obedeció. Avanzó hacia la mesa.

Dudó unos segundos, mordiéndose los labios. Al fin, con gesto brusco, abrió el cajón.

Sólo la prodigiosa habilidad del joven la permitió escapar al furioso disparo que Hendos le había hecho casi a bocajarro. Saltó a un lado, en el momento en que a sus espaldas tableteaba una pistola con mortíferos

estampidos.

Alcanzado por los proyectiles, Hendos retrocedió, llevándose ambas manos al pecho, en tanto su rostro se cubría de una máscara de gris ceniza. Quiso hablar, pero un borbotón de sangre se lo impidió y luego, girando sobre sí mismo, se desplomó al suelo.

—¡Caso resuelto! —dijo fríamente Qusan, enfundando de nuevo su pistola.

Starman se volvió hacia él.

—Gracias —dijo simplemente.

—¿Qué piensas hacer ahora? —preguntó Qusan.

Starman se mordió los labios pensativamente.

—Tengo que buscar a una persona —murmuró—. Acaso arriba, en el Centro de Comunicaciones, puedan decirme dónde se encuentra —y sin vacilar, tomó el fonovisor que aún yacía en el suelo.

Pero el artefacto estaba destrozado. Starman soltó una imprecación.

—Tendré que ir arriba.

Ralb sonrió de un modo enigmático.

—¿Te refieres a Anténope?

—Sí —contestó el joven, echando a andar.

Pero cuando estaba llegando a la puerta, oyó a sus espaldas la voz de Anténope que le llamaba:

—¡Starman!

—¿Qué broma es esa? —gruñó, enormemente decepcionado al ver que sólo estaban allí Qusan y Ralb. El jovenzuelo seguía riendo de la manera tan insolente que era ya habitual en él.

—¡Starman! —repitió, y de nuevo el aludido volvió a escuchar la voz de Anténope.

La comprensión de lo que ocurría penetró lentamente en el cerebro de Starman. Creyó estar soñando, pero de repente, con gesto brusco, Ralb se colocó la mano bajo la barbilla y tiró de algo que parecía ser su propia epidermis.

Todo el rostro y los cortos cabellos saltaron a un lado, pues formaban una máscara de una pieza, que ocultaban bajo ella unas facciones que Starman conocía muy bien, pero que, sin embargo, tampoco eran las que él había aguardado.

Tirando la pistola, avanzó hacia la mujer con las manos desnudas, tremolando de ira.

—¡Telva!

Pero ella no se movió. Continuaba sonriéndole, en tanto que Qusan contemplaba la escena, apoyado tranquilamente sobre la mesa.

—Telva no, Starman, sino Anténope. La actriz de TV, ¿no lo recuerdas?

—¡Tú! Tú me hiciste disparar contra... ¡Has estado desempeñando todos estos papeles durante todo el tiempo! —la acusó.

—¿Tan mal lo he hecho? Pues los soldados a quienes engañé, usando de la

ventriloquia cuando estábamos en el montacargas, no lo creerán así

—Eso no me importa ahora —gruñó Starman—. Primero fuiste Telva, después Anténope... más tarde, te encontré en la planta de producción cárnica convertida en un operario, peleándote como un piloto de carguero astronáutico con este... este...

—Sólo fue una lucha simulada para llamar tu atención, Starman.

—Y luego, estabas conmigo cuando apareciste en la pantalla y me diste la orden de comenzar a actuar, según habíamos convenido. ¿Eres ubicua?

—No; pero ¿es que no pueden proyectarse films impresionados con anterioridad? Tenía algunos buenos amigos en la TV y éstos se encargaron de hacerlo para la fecha que les dije.

—De todas formas, queda en pie una cosa. Me hiciste matar a mi padre.

—Oh, no, no. Tú crees haberlo matado... pero si te molestas en mirar a mi lado, lo verás vivo y bien vivo, Starman.

El joven pensó por un momento que estaba loco o soñaba. Ejecutando una acción muy parecida a la de Anténope, Qusan se despojó de una máscara similar, recuperando un rostro harto conocido de billones de personas.

Starman se pasó una mano por la frente sudorosa.

—No lo entiendo —dijo.

—Lo sabrás cuando te explique las causas que me obligaron a actuar así. De acuerdo con Telva —dijo Qusan, ahora Mowry—, ideamos esta comedia. Sabíamos que Hendos preparaba un complot para apoderarse del Imperio y decidimos obrar antes de que fuera demasiado tarde. Lo de tu disparo fue una comedia, simplemente...

—Pero, ¡a través, de mil ochocientos millones de kilómetros!

—Tenía un microreceptor enlazado con tu rifle subespacial, el cual, por cierto, estaba descargado. Al hacer el disparo, fingí caer muerto, y sólo unos cuantos de mis más leales supieron que se trataba de un engaño. Para todo el mundo, se trataba de un asesinato, y así debía ser.

—De todas formas, sigo sin comprender por qué lo hiciste.

—Tenías mucha razón, hijo —contestó Mowry—. El actual régimen de cosas no podía seguir. Yo quería, y quiero cambiarlo, pero Hendos y otros se oponían tenazmente. En los primeros tiempos, cuando se fundó el Imperio, era necesario una mano dura para, regir a billones de seres de todas las clases y condiciones. Después de treinta años, es hora ya de que las cosas cambien. Y muerto Hendos, la cabeza visible, los demás se esconderán como conejos asustados.

—Pero a mí me tuviste abandonado. Nunca te he conocido... ni a mi madre tampoco.

Un velo de tristeza cubrió las facciones de Mowry.

—Eras muy pequeño cuando tu madre murió. Y yo estaba muy ocupado con las cosas de gobierno para atenderte debidamente. Pero pensé en educarte como mi sucesor y, al efecto, te confié a unos buenos amigos, que ocultaron tu origen. Debías crecer y gobernarte por ti solo, conociendo por experiencia

todos los escalones de que consta la población humana de nuestra Galaxia. ¿Por qué crees que te envié a las plantas de preparación de carne sintética y de algas? Debías conocer todo esto, para, el día en que llegues a mi puesto, poder actuar siempre en justicia.

—Pero es que yo no quiero ser el Atamán —protestó el joven.

—No se puede decir no a una cosa que está decidida de antemano —contestó Mowry severamente—. Además, yo sé quién te convencerá de que aceptes el puesto.

Mowry miró a Anténope, la cual, en aquellos momentos, había perdido toda la arrogancia de que hasta entonces había hecho gala. La joven estaba muy turbada y no se atrevía a mirar a Starman.

—Es hija de uno de mis mejores amigos y consintió en correr gravísimos riesgos, sólo por seguir una loca idea mía, que muy bien pudo estar abocada al fracaso.

Starman avanzó hacia la muchacha. La tomó una mano.

—Te has reído bien a mi costa durante todo este tiempo —dijo.

Ella le miró un poco oblicuamente.

—Si piensas castigarme —dijo—, estoy dispuesta a aceptar el castigo.

—Por supuesto que lo haré.

—¿Sí? ¿Y en qué va a consistir ese castigo?

—Quiero que te rías como antes, Anténope. Me daba mucha rabia oírte, ¿sabes?

Ella soltó una cristalina carcajada y alargó sus brazos, con los que rodeó el cuello del joven.

—Reiré para ti toda la vida, amado mío —dijo.



Volvieron a la tierra después de centenares de años y la encontraron convertida en un mundo de esclavos.

Regreso al futuro

Bajo la bota ensangrentada del dictador que dominaba la tierra, los esclavos se agitaron en un ansia incontenible de libertad.

Regreso al futuro

Una lucha a muerte entre dos bandos que emplean para exterminarse las armas más extrañas y destructoras que cabe imaginar.

Regreso al futuro

La más extraordinaria novela del gran escritor H S. THELS.

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

104. — La nueva era. — Clark Carrados.
165. — Guerra de satélites. — H. S. Thels.
105. — El «robot» Espartaco. — Sylvester Strange
107. — El hombre de Júpiter. — H. S. Thels.
108. —Maquiavelo artificial. — Clark Carradas
109. — «Zero». — Johnny Garland.
110. — Huida al pagado. — Law Space.
111. — Vikingo del Cosmos. — Clark Carrados.
112. — ¡Cuidado, terrestres! — Tom Argo.
113. — Sólo un planeta. — Clark Carrados.
114. — Venganza cósmica. — Law Space.
115. — «Homo mechanicus». — Clark Carrados
116. — «Los visitantes». — Johnny Garland.
117. — Raza de señores. — Clark Carrados.
118. — Robinsón estelar. — H. S. Thels.
119. — La fortaleza negra. — Clark Carrados.
130. — Las ratas. — H. S. Thels.
121. — Metamorfosis. — Law Space.
122. — La agonía de los mundos. — Johnny Garland
123. — El planeta maldito. — Law Space.
124. — «Los satánicos». — Tom Argo.
125. — Pantropía. — H. S. Thels.
126. — ¡Manda Titán! — Law Space.
127. — La sed del átomo. — Clark Carrados.
123. — La doble batalla. — Clark Carrados.
129. — ¡Guerra a los termófagos! — H. S. Thels.
130. — Jinete en el cielo. — Clark Carrados.
131. — Dimensión imposible. — Law Space.
132. — Conquistarás la Tierra. — Clark Carrados.
133. — Dos cerebros iguales. — Watt G. Dovan.
134. — Trampa en los asteroides. — H. S. Thels.
135. — Starman (El hombre de las estrellas). — C. Carrados.



Escena de AMANECER SANGRIENTO.
de Radio Films S.A.E.

Precio en España: 6.-ptas. En Argentina: 5,50 pesos